



BOLETIN SALESIANO

Cottolengo, 32

REDACCION Y ADMINISTRACION

Turin (Italia)

El amor al prójimo es uno de los mayores y más excelentes dones que la divina bondad puede conceder á los hombres.

(S. FRANC. de Sales.)

Os recomiendo la niñez y la juventud; cultivad con grande esmero su educación cristiana; y proporcionadle libros que la enseñen á huir del vicio y á practicar la virtud.

(PIO IX)

Redoblad vuestras fuerzas á fin de apartar á la niñez y juventud de la corrupcion é incredulidad y preparar así una nueva generacion

(LEÓN XIII)

AÑO XXIII — N. 6

PUBLICACIÓN MENSUAL

JUNIO de 1902

OREMUS PRO PONTIFICE NOSTRO LEONE

Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in animam inimicorum ejus.

OREMOS POR NUESTRO PONTIFICE LEÓN XIII

El Señor le conserve, y le dé vida, y le haga feliz en la tierra, y no lo entregue en las manos de sus enemigos.

SUMARIO — El Sagrado Corazón de Jesús	pág. 145
Carta Enciclica de N. S. P. León Papa XIII	149
El Representante del Sucesor de D. Bosco en America	155
DE NUESTRAS MISIONES. — Matto Grosso (Brasil) — Gua-	
laquiza (Ecuador) — Tierra del Fuego	158
Gracias de Maria Auxiliadora	164
NUESTRA CORRESPONDENCIA. — Méjico.	167
Crónica Salesiana	168

A los niños	170
Variedades	172
NUESTROS GRABADOS. — San Agustin y Ecce Homo, escultura	
de los talleres Salesianos de Sarriá (Barcelona) — Alum-	
nos de los Colegios Salesianos de Lima y Callao (Perú) —	
Niños de la primera comunión del Oratorio Salesiano de	
Salamanca.	

El Sagrado Corazón de Jesús

I

JUNIO (1) trae cada año invariablemente á la memoria del pueblo cristiano el recuerdo del Sagrado Corazón de Jesús. Le está consagrado este bendito mes; ésta es, pues, su devoción peculiar, ésta su espiritual cosecha.

La gran semana de *Corpus* ha sido su prólogo. No se cerrarán los Sagrarios, en todas partes abiertos esos días; ni se quitarán del altar las luces y las flores; ni menguará la concurrencia de fieles, como abejas solícitas en amoroso zumbido en torno de la colmena que guarda

su miel. No; porque, ha concluído la Octava del Santísimo Sacramento, mas es para dar lugar al fervoroso Mes del Sagrado Corazón.

¡El Sagrado Corazón! ¡Oh que hermosa palabra y qué hermosísima idea para herirle en lo vivo al mundo actual! Pues ¿le qué está enfermo todo él, sino de tristísima y angustiosísima enfermedad del corazón?

Del corazón enfermo y corrompido le han venido todos los daños, y sólo por la curación del corazón se le deben todos remediar.

Mucho sabe el mundo actual, mucho ha investigado, mucho ha llegado á comprender. Inventos ha realizado en cin-

(1) Sardá y Salvany. Año sacro: tomo II.

cuenta años que bastarían para enorgullecer á cincuenta siglos. Asombran sus progresos: lo que fué ayer pasmo de los nacidos, queda hoy oscurecido por la última invención que relega la novedad del día antes á la categoría de rancia antigualla.

Mucho sabe el mundo actual, mucho puede, y, sin embargo, compadecedle.... No es feliz.

Mil veces he pensado si Dios le permite de golpe tal lujo de portentosos descubrimientos para ver si así acaba de convencerse el muy vano de que con esto sólo no se logra la felicidad. No la de la otra vida, claro está; pero ni siquiera la miserable de la presente, que tan poca cosa es.

Eso ve, eso palpa, eso le amarga con dolorosa experiencia, y sin embargo.... no le convence. Se lo dicen elocuentes oradores, se lo explican famosos libros, se lo demuestran minuciosas estadísticas, se lo comprueban pavorosos sucesos.... y sin embargo.... no le convence.

Es que su mal no está en la cabeza, que yerra por extravío ó por ignorancia. Su mal está en el corazón que ama el error porque le halaga, por lo tanto los remedios deben ser para éste.

A vileza de afectos, nobleza de afectos; á groseros impulsos, elevados impulsos; á terrenos ideales, divinos ideales; á feos amores de lodo, hermosos amores de Cielo; á ciego afán por lo que pasa y muere, vivo anhelo por lo que no ha de pasar ni ha de morir. He aquí todo un programa de *contraria contrariis*, que es preciso propinarle al enfermo cada día más lánguido, si de un modo ú otro se ha de salvar.

El corazón del hombre fué criado para que con sus buenas obras se lo acabase de labrar éste á imagen y semejanza de Dios. Así lo ha hecho él, pero en sentido inverso. Ha empezado por hacerse dios suyo la vil materia, y luego ha puesto todo su empeño en asemejarse á esta tan grosera divinidad. Así que, en vez de engrandecerse, todo su prurito ha sido, podríamos decir, achicarse. ¡Cómo lo ha logrado y cuán eficaz le ha salido este su loco afán! ¡Cuán pequeño y cuán raquítico ha logrado hacerse el hombre su propio corazón!

No es ya su corazón como el de Dios, á cuya divina semejanza estaba llamado pero ni siquiera como de mero hombre

que por lo menos debía ser. Menos que hombre va resultando el hombre desde que, llamado á celestial perfección, ha desdeñado tomar por nivel de su talla moral la perfección del mismo Hijo de Dios.

Mas he aquí que en los últimos tiempos el divino Salvador, como postrer llamada á los corazones decadentes, empobrecidos, envilecidos, se ha dignado revelarles más al descubierto las sublimidades de su divino Corazón. Como si le dijese Jesús al mundo: «Mira en ti lo que eres: contempla en Mí lo que debías ser. Avergüencete el contraste, y séate medicina tu propia confusión.»

¿Salvará al mundo una generosa resolución suya en este sentido? No lo sabemos; pero entre tanto muchas almas, innumerables almas, han vuelto de nuevo los ojos á este celestial modelo de corazones para emprender en los suyos esta obra regeneradora. La saludable reacción empezó dos siglos ha, sosteniendo al nacer valeroso combate con la heregía, señal cierta de que el infierno veía con susto la nueva bandera. Venció, y hoy reina ya sin contradicción en la Iglesia de Dios, y es dado esperar que llegue á reinar un día en el mundo. Y que el popular estribillo de Junio: — *Corazón santo, — Tú reinarás*, venga á resultar verdadero canto profético del pueblo de Israel, cautivo hoy en el Egipto revolucionario, y afanoso por llegar luego, muy luego, ¡oh sí!, á su libre tierra de promisión.

¡Oh libertad del pueblo cristiano, sujeto hoy en todo el mundo á los hierros é ignominias de la servidumbre más odiosa! ¡Tú serás la primera victoria del Corazón de Jesús!

Cosecha de Junio han de ser fervorosos cultos en todas partes al Sagrado Corazón. Constante oración, repetidas comuniones, continuos desagravios, mayor pureza de vida, celo incesante para promover obras católicas, he aquí la cosecha que aguarda de nosotros Cristo en este bendito mes para apresurar quizá la hora de sus inefables misericordias.

¡Corazones, pues, corazones muchos y fervorosos al trono del Sagrado Corazón!

II

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es á la vez un culto y un apostolado.

Como culto es la veneración, el amoroso obsequio tributado á la santidad infinita de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, dotado por lo mismo de su corazón como el nuestro, aunque unido



San Agustín.

Escultura de los talleres Salesianos de Sarriá (Barcelona).

inseparablemente á la Divinidad. Es la gratitud al afecto entrañable que por nosotros sintió mientras vivió esta vida mortal, y que siente aún hoy viviendo en los Cielos y en nuestros altares vida inmortal y gloriosa.

Como apostolado es una verdadera educación de nuestros pobres corazones en la escuela de este corazón; es un estudio de este modelo; es como una irradiación espléndida de sus purísimos afectos

y sentimientos entre los cristianos todos; es atracción hacia arriba, en contraposición á las groseras tendencias que nos arrastran constantemente hacia abajo.

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús es en el fondo la devoción de todos los siglos cristianos. ¿En qué siglo no se ha tributado á la humanidad sacratísima de Jesucristo, unido á la Divinidad, los homenajes más tiernos y fervorosos?

Sin embargo, en la forma en que quiso reverarla el mismo Jesús á su piadosísima sierva la beata Margarita Alacoque, y en el prodigioso desarrollo que conforme á la promesa del mismo Jesús ha obtenido en los pueblos modernos, es una devoción verdaderamente de actualidad y á todas luces providencial.

Dios se manifiesta constantemente en su Iglesia del modo más adecuado á las necesidades de Ella. Cada manifestación suya es siempre en la historia un verdadero rasgo de oportunidad.

Examinemos bajo este punto de vista la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

El primer error de nuestro siglo es lo que podríamos llamar la adulteración, la falsificación de la divina Persona de Jesucristo. Se le tiene por algunos como mito ó tipo de leyenda, sin más existencia real que la que han tenido los fabulosos personajes de la mitología. Por otros, como un filósofo simplemente tal, que con mejor fortuna que los demás ha dejado fundada una escuela llamada Cristianismo. Algunos le toman únicamente como reformador político y social, como el gran demócrata; faltando poco para que le llemen precursor de Mazzini y de Proudhón. Ante esos delirios en que lo necio compite con lo blasfemo, la Iglesia Católica nos ofrece en el culto del Sagrado Corazón de Jesús la idea exacta, genuina y evangélica de su divina personalidad, mostrándonos en El el Verbo del Padre, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, revestida de nuestra carne, ofreciendo su Sangre por conquistarnos los derechos del Cielo, y derramando á raudales de su purísimo Corazón gracia, luz, consuelos, ejemplos y enseñanzas. Honrar, pues, al Sagrado Corazón de Jesús es honrar su carácter divino y sobrenatural, en oposición á la falsificación naturalista y racionalista que de él pretende hacer la impiedad. ¿No es, pues, un apostolado oportunísimo y fundamen-

tal propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús?

Y ¿qué diremos si bajando de las ideas á las costumbres contemplamos su oportunidad bajo este punto de vista?

Las tendencias más pronunciadas en nuestro siglo son un *orgullo* que sólo puede calificarse como merece llamándole satánico; un *egoísmo* tan brutal, que podría decirse verdadera idolatría del *yo*; y todo esto, no reconocido como defecto ó flaqueza humana, sino elevado á doctrina, formulado como sistema, condecorado con el pomposo nombre de filosofía, llamado *positivismo*. Positivismo, es decir, el culto de lo material, de lo rastroero, en oposición á toda elevación del espíritu y del corazón; la abdicación de toda aspiración, de toda tendencia, de toda esperanza que no se refiera á lo que se palpa con las manos y se goza con el cuerpo; el suicidio del alma, que se quiere se asfixie á sí propia negándose sistemáticamente lo que constituye su único aire respirable, lo sobrenatural. Tal vez no todos están en el caso de averiguar y exponer los orígenes de este contagio, pero ¿quién no llora á cada paso sus resultados? ¿Quién no lamenta este general decaimiento de los corazones, ese rebajamiento del carácter que aun en lo humano hace tan raros los ejemplos de abnegación y de sacrificio, tan comunes en los siglos de fe? Nunca como hoy se tuvieron á sí propios en tanta estima los hombres, y nunca como hoy fueron tan poca cosa. Nunca como hoy se habló de patriotismo, y nunca anduvieron tan escasos los sacrificios por la patria. Nunca como hoy se blasonó de dignidad y de consecuencia, y nunca como hoy fueron tantos los envilecidos y los inconsecuentes. Nunca como hoy se ensalzaron los derechos y la emancipación del pueblo, y nunca fueron como hoy los derechos del pueblo pisoteados. Nunca como hoy se habló de pensar y de librepensamiento y de derechos del pensamiento, y nunca como hoy se ha comido más y se ha pensado menos. Nunca como hoy se hapreciado el hombre de su corazón, y nunca, sin embargo, se ha visto más subordinado el corazón al estómago, el sentimiento al cálculo, el deber al interés. ¿No es, pues, un oportunísimo apostolado levantar un poquito los corazones de ese cenagoso positivismo, poniéndoles á la vista

el Corazón modelo, haciéndoles leer en este libro abierto lo que es abnegación, lo que es respeto, lo que es caridad, lo que es aspiración al Cielo, lo que es desprendimiento de la tierra, y tantas y tantas otras cosas de las que el diccionario moderno parece haber perdido hasta el vocablo con que se nombran? Y ese levantamiento de corazones decaídos y degradados ¿puede efectuarse mejor que en nombre y por la atracción á la vez suavísima y poderosísima de un Corazón humano que por el misterio de la encarnación es á la vez Corazón divino? Para que el hombre pudiese salir del cieno de la miseria y elevarse á regiones más nobles acercándose á Dios, Dios se ha dignado acortar en cierto modo las distancias *humanándose* El, y poniendo en contacto con nosotros para mejor atraernos y levantarnos. ¿Se puede, pues, cooperar mejor á las miras amorosas de Dios que cooperando á esa atracción que de nuestros corazones quiere realizar por medio del Corazón Sacratísimo de su Hijo Jesucristo?

III

El Sagrado Corazón brilla en el mundo cristiano en el cenit de su esplendor. Aprobados sus rezos é imágenes; instituída y elevada á primera categoría en el rito su fiesta; consagrada recientemente á su honor y colocada bajo su patrocinio la Iglesia universal, es completo el triunfo de esta insignia del amor de Cristo en todo la cristiandad. ¡Tú reinarás! Esta profética palabra del himno popular va cumpliéndose en todas partes. Hoy ondea en todos los templos cristianos triunfante la bandera del Sagrado Corazón.

Con ella y como ella y por ella lograrán á la vez el anhelado triunfo los actuales defensores de sus derechos sociales y de su plena realeza y soberanía. ¡Adelante los soldados de la verdad católica, guiados por esa bendita huella de luz, que les trazan en la historia las persecuciones y las victorias del Sagrado Corazón de Jesús!



Carta Encíclica

DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR

LEÓN

—
—
—

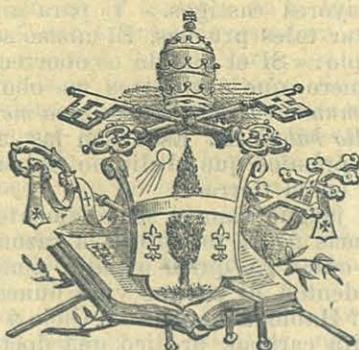
POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XIII

—
—
—

A TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL ORBE CATÓLICO

—
—
—



León Papa XIII

Venerables Hermanos: salud y bendición apostólica.

Habiendo llegado al año vigésimoquinto de nuestro apostólico ministerio y asombrado N^os mismo de lo largo de la carrera que en medio de anargos y continuos cuidados hemos recorrido, Nos sentimos muy naturalmente inclinado á levantar Nuestro pensamiento á Dios, siempre bendito, que entre otros muchos favores se ha dignado concedernos un Pontificado de duración tal que apenas registra la historia algunos semejantes. Así es que al Padre de todos los hombres, á Aquel que guarda el misterioso secreto de la vida, dirigimos Nuestro himno de acción de gracias por imperioso movimiento de Nuestro corazón. Y ciertamente, la mirada del hombre no puede llegar hasta lo íntimo de los designios del Señor en la prolongación, superior á toda esperanza, de los días de Nuestra ancianidad, punto en que no Nos cabe sino la adoración y el silencio. Mas, á pesar de ello, hay algo que sabemos perfectamente y es que, si le plugo, si le place todavía, con-

servar Nuestra existencia, Nos incumbe un grandísimo deber: el de vivir para bien y engrandecimiento de su Esposa immaculada, la Santa Iglesia, y lejos de desanimarnos por cuidados y fatigas, consagrarla lo que Nos reste de fuerzas hasta nuestro postrer aliento.

Luego de haber pagado el debido tributo de gratitud á Nuestro Padre celestial, á quien pertenece eternamente todo honor y gloria, gratisimo Nos es volver á vosotros Nuestro pensamiento y dirigiros la palabra, Venerables Hermanos, porque, llamados vosotros por el Espíritu Santo á gobernar escogidas porciones del rebaño de Cristo, participáis de esa manera con Nos en las luchas y los triunfos, en los dolores y las alegrías del ministerio Pastoral. No; jamás se borrarán de Nuestra memoria las abundantes y repetidas pruebas de religiosa veneración que Nos habéis prodigado durante el curso de Nuestro pontificado, y que todavía multiplicáis, con amorosa emulación, en los actuales momentos. Unido ya íntimamente á vosotros por deber y por paternal amor, esas pruebas, que Nos son gratas sobre todo encarecimiento, Nos aprietan á vosotros con mayor fuerza, no tanto por lo que afectan á Nuestra persona, como por la inviolable adhesión que declaran á esta apostólica Sede, centro y columna de todas las de la catolicidad. Si siempre ha sido necesario que en los diversos grados de la jerarquía eclesiástica todos los hijos de la Iglesia se mantuvieran con gran celo unidos por los vínculos de una recíproca caridad y la consecución de unos mismos designios, de manera que no tengan sino un solo corazón, y una sola alma, esta unión ha venido á ser en nuestros tiempos más indispensable que nunca. Y, efectivamente, ¿quién puede ignorar la inmensa conjuración de fuerzas hostiles que tiende ahora á arruinar y á hacer que desaparezca la obra máxima de Jesucristo,

procurando, con encarnizamiento que no conoce límites, arrebatando al hombre, en el orden intelectual, el tesoro de las divinas verdades, y arrancar de raíz, en el orden social, las instituciones cristianas más santas y saludables? Todo esto vosotros mismos lo observáis diariamente; vosotros, que Nos habéis expresado más de una vez vuestra alarma y vuestra angustia, deplorando la multitud de preocupaciones, de errores y de falsos sistemas, en que impunemente se imbuja á la multitud. ¡Cuántos lazos no se tienden por doquier contra las almas inocentes! ¡Cuántos obstáculos no se amontonan para debilitar, y, cuánto sea posible, anular la acción de la Iglesia! Y entre tanto, como para añadir la befa á la injusticia, se dice de la misma Iglesia que no sabe recobrar su antigua virtud y que es impotente para encauzar el torrente de desbordadas pasiones que amenaza arrasarlo todo.

Bien queríamos hablaros, Venerables Hermanos, de asunto menos triste y más conforme á la feliz coyuntura que Nos mueve á dirigiros la palabra; mas nada autoriza otro lenguaje, ni las pruebas por que atraviesa la Iglesia, que exigen con las mayores instancias un rápido auxilio, ni la condición de la sociedad contemporánea, la cual, hondamente trabajada en el orden moral y material, se encamina á más sombrío porvenir con el abandono de las grandes tradiciones cristianas, porque, en virtud de una ley providencial, confirmada por la historia, no se puede atentar contra los grandes principios religiosos sin conmover al mismo tiempo las bases del orden y de la prosperidad social. En tales circunstancias, para que las almas recobren aliento y para aprovisionarlas nuevamente de fe y valor, Nos parece que será oportuno y útil considerar atentamente en su origen, en sus causas y en sus múltiples formas la guerra implacable que se mueve á la Iglesia y, declarando las funestas consecuencias que entraña, señalar su remedio. Resuena, pues, muy alto Nuestra palabra, aun cuando ha de recordar verdades afirmadas en otras ocasiones; sea oída, no solamente por los hijos de la unidad católica, sino también por los disidentes, y hasta por los infelices que nada creen, ya que todos son hijos del mismo Padre y todos están destinados al mismo y supremo bien; sea acogida, finalmente, como testamento, que, á la corta distancia en que Nos hallamos de las puertas de la eternidad, queramos dejar á los pueblos, á modo de presagio de la salud que á todos deseamos.

En todo tiempo ha tenido que luchar y padecer por la verdad y la justicia la Iglesia santa de Cristo. Instituida por el mismo divino Redentor para propagar en el mundo el reinado de Dios, ha de conducir á la humanidad decaída, alumbrándola con los resplandores de la ley evangélica, á su inmortal

destino, es decir, ha de ponerla en posesión del infinito bien que Dios nos tien prometido, y á cuya altura jamás llegaríamos por solas nuestras fuerzas: misión divina, que no puede cumplir sin chocar en las innumerables pasiones que nos legó el antiguo pecador y la corrupción que el pecado introdujo, soberbia, codicia, desenfrenado amor de los goces materiales, y contra los vicios y desórdenes que todo eso produce, todos los cuales han encontrado en la Iglesia el freno más poderoso.

El hecho de tales persecuciones no debe maravillarnos. ¿Acaso no fueron anunciadas por el divino Maestro y no sabemos que durarán tanto como el mundo? Y, en efecto, ¿qué dijo á sus discípulos el Salvador cuando les envió á derramar el tesoro de su doctrina en todas las naciones? Nadie lo ignora: «Seréis perseguido de ciudad en ciudad á causa de mi nombre; seréis odiados y vilipendiados; seréis llevados á los tribunales y condenados á los mayores castigos.» Y para animarles á soportar tales pruebas, Él mismo se les dió en ejemplo: «Si el mundo os oborrece, sabed que primero que á vosotros me oborreció á mí.» *Si mundo vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit* (1). Esas son las alegrías, esos los premios que el divino Salvador nos promete en la tierra.

Quien juzgue sana y sencillamente de las cosas jamás podrá descubrir la razón de semejante odio. ¿A quién ofendió jamás el divino Redentor, ni en qué vino nunca á desmerecer? Habiendo bajado del Cielo á impulso de infinita caridad, predicó una doctrina intachable, consoladora, adecuada cuanto no se puede ponderar para unir fraternalmente á todos los hombres en la paz y el amor. No vino á ambicionar grandezas terrenas, ni honores mundanos, ni usurpó el derecho de nadie; sino, muy al contrario, se le vió mostrarse infinitamente compasivo con los débiles, los enfermos, los pobres, los pecadores y los oprimidos, de modo que pasó por el mundo derramando entre los hombres á manos llenas celestiales beneficios. Fué, pues, sencillamente un exceso de malicia de parte de los hombres, exceso tanto más lamentable cuanto fué más injusto; y, según la profecía de Simeón, el Salvador se hizo blanco de contradicción en la tierra: *Signum cui contradicetur* (2).

Siendo esto así, ¿hay razón para maravillarse de que la Iglesia católica, que es la continuadora de la divina misión de Nuestro Señor Jesucristo y la incorruptible depositaria de su verdad, no se haya librado de la suerte que cupo á su Fundador? El mundo no varía. Al lado de los hijos de Dios se hallan siempre los secuaces del gran enemigo del género humano, de aquel que, rebelde

(1) San Juan, XV, 18.

(2) San Lucas, II, 34.

desde el principio con el Altísimo, es llamado en el Evangelio príncipe de este mundo. Y ved ahí por qué, en frente de la ley divina y de quien se la presenta en nombre de Dios, este mundo siente hervir y levantarse dentro de sí propio un espíritu de independencia, á que no tiene ningún derecho. ¡Ah! ¡Cuántas veces, con inaudita crueldad, con descarada injusticia; cuántas veces, en las épocas más revueltas y para evidente ruina de la sociedad, los enemigos de la Iglesia se han formado en columnas cerradas á fin de destruir la obra de Dios!

Si un género de persecución resultaba ineficaz, se probaba otro. Durante tres largos siglos, el imperio romano, abusando de la fuerza bruta, sembró todas sus provincias con los cuerpos de nuestros mártires y enrojeció con su sangre el suelo todo de esta sagrada ciudad. Luego la herejía, unas veces disfrazada, otras á cara descubierta, recurrió á los sofismas y á toda suerte de péfidos artificios para desgarrar la armonía de la Iglesia y su unidad. Como tromba devastadora se desencadenaron después, por el Norte, los bárbaros y el islamismo por el Mediodía, dejando por dondequiera que pasaban montones de ruinas en inmensos desiertos. Así se transmitió de siglo en siglo la triste herencia del odio con que siempre luchó la Esposa del Cordero. Entonces sobrevino un cesarismo, tan desconfiado como potente, envidioso de la ajena grandeza por mucho que hubiera desarrollado la propia, y que se aplicó de nuevo á dirigir continuos asaltos á la Iglesia para arrebatarla sus derechos y pisotear su libertad. Estalla el corazón de sentimiento contemplando á esta Madre abrumada con tanta frecuencia de indecibles angustias y dolores, á pesar de lo cual, triunfando de todos los obstáculos, de todas las violencias y de todas las tiranías, siempre fué alzando en nuevos territorios sus pacíficas tiendas, salvaba de la destrucción el glorioso patrimonio de las artes, de la historia, de las ciencias y las letras, y, comunicando profundamente el espíritu del Evangelio á todo el cuerpo social, creaba la civilización cristiana, á que deben los pueblos, sometidos al benéfico influjo de la Iglesia, la equidad en sus leyes, la suavidad de costumbres, la protección á los desvalidos, la piedad para con los pobres y desdichados, el respeto á los derechos y dignidad del hombre, y por todo eso, y cuanto es posible en medio de las fluctuaciones humanas, aquella paz de la vida social que procede del prudente consorcio de la justicia y la libertad.

Estas pruebas de la intrínseca bondad de la Iglesia son tan sublimes y brillantes como continuas, no obstante lo cual, al modo que sucedía en la Edad Media y durante los primeros siglos, también en épocas más cercanas á nosotros vemos á la Iglesia combatida, en cierto sentido más dolorosamente que

nunca. A consecuencia de antecedentes históricos, ya bien conocidos, la llamada Reforma levantó en el siglo XVI el estandarte de la rebelión y, resuelta á herir á la Iglesia en el corazón mismo, combatió contra el Pontificado, cortó los preciosos vínculos de la antigua unidad en la autoridad y la fe que, centuplicando muchas veces la fuerza, el prestigio y la gloria, gracias á la armoniosa concordia en unos mismos propósitos, había reunido á todos los pueblos bajo un sólo cayado y un sólo pastor, é introdujo en las filas cristianas un principio funesto de lamentable disgregación.

No afirmamos con esto que desde el principio de aquel movimiento hubiera el propósito de desterrar el principio cristiano del seno de la sociedad; mas negando, por una parte, sumisión á la supremacía de la Sede de Roma, causa efectiva y lazo de unidad, y proclamando, por otra, el principio del libre examen, conmovía hasta en lo más hondo de sus cimientos el divino edificio y se abrió el camino á infinitas variaciones, á la negación, á la duda en asuntos de la mayor importancia, en términos que la realidad sobrepujó las previsiones de los mismos novadores.

Abierto así el camino, surgió entonces el filosofismo orgulloso y burlón del siglo XVIII, que fué más adelaute. Hizo chacota de los libros de la Sagrada Escritura y rechazó en junto las verdades divinamente reveladas, y lo hizo con el fin de arrancar de la conciencia de los pueblos toda creencia religiosa y borrar en ellos hasta el postrer vestigio del espíritu cristiano. De esta fuente manan el racionalismo y el panteísmo, el naturalismo y el materialismo, sistemas funestos y deletéreos que reinstauraron con nuevas apariencias antiguos errores, ya victoriosamente refutados por los Padres y los Doctores de la Iglesia, de suerte que el orgullo de los siglos modernos, por exceso de confianza en sus propias luces, quedó herido de ceguera y, al modo que le sucedió al paganismo, vive de quimeras, aun en aquello que especialmente concierne á los atributos del alma humana y á los inmortales destinos que constituyen su glorioso privilegio.

La guerra contra la Iglesia tomó así un carácter de mayor gravedad que en el pasado, no tanto por la vehemencia del ataque, cuanto por su universalidad. La incredulidad contemporánea no se limita, en efecto, á poner en duda, ó negar, esta ó la otra verdad de fe. Sus ataques se dirigen al conjunto mismo de principios que la revelación consagra y la verdadera filosofía sostiene, principios santos y fundamentales que declaran al hombre el objeto final de su paso por la vida, que le sostienen en el cumplimiento de sus deberes, que le infunden en el alma fortaleza y resignación, y que, prometiéndole una justicia incorruptible y una felicidad

completa más allá de la muerte, le enseñan á subordinar el tiempo á la eternidad, la tierra al Cielo. ¿Y con qué se reemplazan estas máximas, estos incomparables consuelos que suministra la fe? Con un espantoso escepticismo, que hiela los corazones y ahoga en las conciencias toda aspiración generosa.

Como vosotros lo veis, Venerables Hermanos, harto han trascendido estás funestas doctrinas del campo de las ideas á la vida exterior y la esfera pública. Grandes y poderosos Estados no cesan de practicarlas, imaginando que así trabajan por la civilización y se colocan á la cabeza del progreso. Y como si los poderes públicos no debieran concentrar en sí mismos y reflejar cuanto hay de más sano en la vida moral, se creen relevados de la obligación de honrar á Dios públicamente, y sucede con sobrada frecuencia que, alardeando de permanecer indiferentes con todas las religiones, de hecho mueven guerra á la única establecida por Dios.

Este sistema de ateísmo práctico debía acarrear, y, efectivamente, ha acarreado, una profunda perturbación en la esfera de la moral; porque, como ya lo entrevieron los sabios más famosos de la antigüedad pagana, la religión es el principal fundamento de la justicia y la virtud. Cuando se rompen los lazos que unen al hombre con Dios, Legislador soberano y Juez universal, ya no queda sino un fantasma de moral, moral exclusivamente civil, ó como suele llamarse, independiente, la cual, haciendo abstracción de toda razón eterna y toda ley divina, nos arrastra sin remedio por una fatal pendiente á la postrer consecuencia de proponer como ley del hombre el hombre mismo. Incapaz desde este punto de elevarse en alas de la esperanza cristiana hasta el supremo bien, ya no busca más alimento que el material en los goces y comodidades de la vida; se despiertan en él la sed de placeres, la codicia de riquezas, el inmoderado deseo de rápidas y desmedidas ganancias, aun con ofensa de la justicia; en él se inflama toda suerte de ambiciones y no sé qué febril y frenética avidez de satisfacerlas, aunque sea de un modo ilícito; por último, se apoderan de él, como dominadores, el menosprecio de las leyes y el desenfreno de las costumbres, los cuales, generalizándose, producen una verdadera decadencia de la sociedad.

¿Exageramos, por venturas, las tristes consecuencias de los dolorosos desórdenes de que hablamos? No, porque ahí está á nuestro alcance la realidad, y la realidad confirma sobradamente Nuestras deducciones. Evidente es, en efecto, que si no se la robustece cuanto antes, hasta las bases de la sociedad van á comoverse, y que envolverán en su ruina los grandes principios del derecho y de la moral eterna.

De ahí provienen los graves daños que ha recibido todo el cuerpo social, comenzando

por la familia. El Estado secular, sin acordarse de sus límites ni del fin esencial de la autoridad que le compete, ha puesto la mano en el vínculo conyugal, para profanarlo despojándole de su carácter religioso; ha usurpado, en cuanto le ha sido posible, el derecho que por ley natural asiste á los padres en cuanto se refiere á la educación de los hijos y en muchas partes ha destruído la indisolubilidad del matrimonio, otorgando la sanción legal á la licenciosa institución del divorcio. Conocidos son los resultados de semejantes extralimitaciones y como han crecido cuanto no se puede decir el número de matrimonios, apenas esbozadas por el estímulo de pasiones vergonzosas cuando ya disueltos en trágicas contiendas ó en escandalosas infidelidades. Y nada decimos de los hijos de estos matrimonios, inocente descendencia que queda abandonada ó pervertida, en unos casos por el mal ejemplo de los padres y en otros por el veneno que el Estado, oficialmente ateo, les suministra diariamente.

Al par de la familia se ve puesto en peligro el orden político y social, principalmente por las nuevas doctrinas, que, atribuyendo á la soberanía un falso origen, han destruído así su verdadero concepto. Porque si la autoridad soberana procede formalmente del consentimiento de la multitud, y no de Dios, principio supremo y eterno de todo poder, pierde á los ojos de los súbditos su carácter más augusto y degenera en una soberanía artificial que tiene por fundamento bases inestables y movedizas, como la voluntad de los hombres, de la cual se la quiere derivar. ¿Y no vemos también las consecuencias de este error en las mismas leyes? Con harta frecuencia, en vez de ser la *razón escrita*, esas leyes no expresan sino la fuerza del número y la voluntad predominante de un partido político. De esta manera se halaga el culpable apetito de la multitud y se aflojan las riendas á las pasiones del pueblo, hasta cuando turban la laboriosa tranquilidad de los ciudadanos, salvo el acudir en los casos extremos á la represión violenta y á la consiguiente efusión de sangre.

Una vez repudiados los principios cristianos, que tan poderosa eficacia tienen para sellar la fraternidad de los pueblos y hacer de la humanidad entera una especie de inmensa familia; una vez repudiados esos principios, poco á poco ha ido prevaleciendo en el orden internacional un sistema de envidioso egoísmo, merced al cual unas naciones miran á las otras, si no siempre con odio, por lo menos con desconfianza de rivales; de donde se sigue que en todas sus empresas se olvidan fácilmente de los grandes principios de moralidad y justicia y de la protección á los débiles y los oprimidos. En el deseo que les espolea de acrecentar indefinidamente su riqueza, las naciones sólo miran ya á la ocasión y las circunstancias, á la

utilidad del éxito y á la tentadora fortuna de los hechos consumados, seguras de que nadie las inquietará después en nombre del derecho y del respeto que le es debido: principios funestos, que han proclamado la fuerza material como ley suprema del mundo, á los cuales ha de imputarse el progresivo y desmesurado aumento de aprestos militares, ó esta paz armada, comparable á los desastrosos efectos de la guerra en bien de conceptos.

Semejante lamentable confusión de ideas, ha hecho germinar en las clases populares la iniquidad, el malestar y el espíritu de rebeldía, de donde se siguen la agitación y los presentes desórdenes, que presagian tormentas más espantosas todavía. La miserable condición de parte del ínfimo pueblo, digno, ciertamente, de regeneración y amparo, sirve admirablemente á los propósitos de hábiles agitadores y de modo especial á los del socialismo, los cuales, prodigando á las clases más humildes toda suerte de falsos ofrecimientos, preparan la consecución de los más espantosos designios.

Quien se aventura por una pendiente peligrosa, cae forzosamente en el abismo. Con lógica que ha venido á vengar la conculcación de ciertos principios, hase organizado una verdadera asociación de criminales. Dotada de un instinto salvaje, desde sus primeras manifestaciones dejó consternado al mundo. A consecuencia de su sólida constitución y de sus ramificaciones internacionales, en todas partes osa levantar su mano execrable, sin temor á ningún obstáculo y sin retroceder ante ninguna maldad. Renegando de todo vínculo social y menospreciando cínicamente las leyes, la religión y la moral, sus adeptos han tomado el nombre de *anarquistas* y se proponen destruir la sociedad actual por todos los medios que puedan sugerir una pasión ciega y salvaje. Y como la sociedad recibe la unidad y la vida de la autoridad que la rige, contra la autoridad dirige sus tiros la anarquía en primer término. ¿Cómo no estremecerse de horror é indignación, y al mismo tiempo de lástima, recordando el crecido número de víctimas del anarquismo en estos postreros años: emperadores, emperatrices, reyes, presidentes de poderosas repúblicas, cuyo crimen consistía en la suprema autoridad de que estaban investidos?

Ante la inmensidad de males que agobian á la sociedad y de peligros que la amenazan, Nuestro deber Nos exige que advirtamos de nuevo á los hombres de buena voluntad, sobre todo á los que ocupan puesto preeminente, que deben considerar, y á ello les conjuramos en este momento, los remedios que exige la presente situación, y, con previsora energía, aplicarlos sin tardanza.

Ante todo conviene enterarse de estos remedios y aquilatar su valor. Lo que desde luego oímos ensalzar hasta los cielos es la

libertad y sus beneficios, cosas en que se cifraba el remedio soberano y se veía un incomparable instrumento de orden fecundo y prosperidad. Pero los hechos han demostrado luminosamente que la libertad carecía de la eficacia que se la quiso atribuir. Conflictos económicos y luchas de clases estallaron por doquier, y no se ve apuntar por ningún lado la aurora del día que ha de traer la paz social. Mas prescindiendo de esto, y como cada cual puede comprobarlo por sí mismo, tal como se entiende hoy, es decir, concedida indistintamente á la verdad y al error, al bien y al mal, la libertad no conduce á otra cosa sino á rebajar todo lo noble, santo y generoso, y á franquear más libremente el paso al crimen, al suicidio y á las pasiones más abyectas.

También se ha sostenido que el fomento de la instrucción, dando á la multitud ilustración y cultura, bastaría para sustraerla de sus tendencias malsanas y contenerla en los límites de la rectitud y la probidad. Mas la dura realidad ¿no nos está demostrando á cada paso para qué sirve la instrucción que no va acompañada de una sólida educación religiosa y moral? Por efecto de su inexperiencia y de la fermentación de las pasiones, el alma de la juventud sufre la fascinación de las doctrinas perversas y, singularmente, de los errores que una prensa sin freno siembra á granel; los cuales, depravando á la vez la inteligencia y la voluntad, alimentan en la juventud el espíritu del orgullo y la insubordinación, que tantas veces altera la paz de las familias y de los pueblos.

También se cifraron grandes esperanzas en los progresos de la ciencia, y, ciertamente, la pasada centuria los ha visto bien grandes, bien inesperados, bien maravillosos. Pero, ¿es acaso cierto que tales progresos nos hayan procurado la plena y renovadora abundancia de frutos que de ellos esperaba el deseo de tantas gentes? Ciertamente que el vuelo de la ciencia ha abierto nuevos horizontes al entendimiento, y que ha ensanchado el imperio del hombre sobre las fuerzas de la materia, y que la vida terrena se ha suavizado en muchas cosas. Y, sin embargo, todos sienten y muchos reconocen que la realidad no corresponde á las esperanzas. Y no se puede negarlo cuando se contempla el estado de los ánimos y las costumbres; cuando se examina la estadística criminal, cuando se escuchan los sordos rumores que parten de abajo y se observa el predominio de la fuerza sobre el derecho. Sin mencionar todavía las muchedumbres que padecen miseria, basta una ojeada, aunque sea rápida, á cuanto pasa en el mundo, para comprobar que una indefinible tristeza embarga las almas y un inmenso vacío existe en los corazones.

El hombre ha podido hacerse dueño de la

materia; pero la materia no ha podido darle lo que no tiene, y en las grandes cuestiones que se refieren á nuestros intereses más elevados, la ciencia humana no ha dado solución; la sed de verdad, el hambre de bien, el anhelo de lo infinito que nos devoran, no han podido saciarse, y ni los gozes y los tesoros de la tierra, ni el aumento de las comodidades de la vida han podido calmar la angustia moral en el fondo de los corazones.

¿Habrá que mirar con desdén, habrá que renunciar á las ventajas que trae consigo la instrucción, la ciencia, la civilización y una prudente y dulce libertad? Ciertamente que no. Al contrario; es preciso tenerlas en alta estima, conservarlas y acrecentarlas, como capital de sumo valor, porque constituyen medios que, de suyo, son buenos, y porque Dios los quiere y con su infinita sabiduría los ordena al bien y provecho de la familia humana. Mas es necesario subordinar su empleo á la voluntad del Creador y no separarlos nunca del elemento religioso, en el cual reside la virtud, que, juntamente con una eficacia especial, les comunica una verdadera fecundidad. Tal es la incógnita del problema. Cuando un ser orgánico perece y se corrompe, señal es de que ha cesado de experimentar la influencia de las causas que le constituyeron y dieron forma, y para verle otra vez sano y floreciente no hay duda de que se ha de colocarle de nuevo bajo la acción vivificante de aquellas causas. Pues bien; la actual sociedad, en su loco intento de huir de su Dios, ha rechazado el orden sobrenatural y la revelación divina, y se ha sustraído así á la saludable eficacia del cristianismo, que es manifestamente la más sólida garantía de orden, el lazo más fuerte de fraternidad y el inagotable manantial de las virtudes privadas y públicas.

De tan sacrilego abandono nace el desorden que ahora la trabaja, y esta descarriada sociedad debe volver al seno del cristianismo si le importan verdaderamente su calma, su salud y su bienestar.

Así como el cristianismo no penetra en un alma sin mejorarla, tampoco penetra en la vida pública de una nación sin establecer en ella el orden. Con la idea de un Dios que todo lo gobierna y que es infinitamente sabio, infinitamente justo é infinitamente bueno, el cristianismo infunde en la conciencia humana el sentimiento del deber, calma el sufrimiento, apacigua los odios y engendra héroes. Y si transformó la sociedad pagana, y esa transformación fué una resurrección verdadera, puesto que la barbarie fué desapareciendo á la medida que el cristianismo fué propagándose, también ahora, después de las terribles sacudidas de la incredulidad, sabrá volver á su verdadero camino y reinstaurar en el orden á los Estados modernos y las naciones contemporáneas.

Pero eso no es todo. La vuelta al cristia-

nismo no será un remedio eficaz y completo si no implica la vuelta y un amor sincero á la Iglesia una, santa, católica y apostólica. El cristianismo encarna, efectivamente, en la Iglesia católica; se identifica con esta sociedad espiritual y perfecta, soberana en su esfera, que es el cuerpo místico de Jesucristo y que tiene por cabeza visible al Pontífice romano, sucesor del Príncipe de los Apóstoles. Esta Iglesia es continuadora de la misión del Salvador é hija y heredera de la redención; ha propagado el Evangelio y lo ha defendido á costa de su sangre, y segura de la asistencia divina y de la inmortalidad que le han sido prometidas, sin pactar jamás con el error, permanece fiel al mandato que recibió de difundir la doctrina de Cristo por todo el mundo y de conservarla en su inviolable integridad hasta el fin de los siglos.

Maestra legítima de la moral del Evangelio, no se manifiesta solamente como consoladora y redentora de las almas, sino también como manantial permanente de justicia y caridad y propagadora al mismo tiempo que tutora de la verdadera libertad y de la única igualdad posible aca en la tierra. Aplicando la doctrina de su divino Fundador, mantiene en prudente equilibrio y traza justos límites á todos los derechos y todos los privilegios de la sociedad. La igualdad que predica la Iglesia no destruye la distinción entre las diversas clases sociales, sino que la conserva intacta, ya que hasta la misma naturaleza la impone. La libertad que otorga para oponer obstáculos á la anarquía de la razón, emancipada de la fé y abandonada á sí misma, no lesiona los derechos de la verdad porque son superiores á los de la libertad, ni los derechos de la justicia, porque son superiores á los del número y la fuerza, ni los derechos de Dios, porque son superiores á los del hombre.

La Iglesia no es menos fecunda en bienes para el hogar doméstico, porque no solamente combate á los perversos artificios que la incredulidad pone en juego á fin de destruir la vida de la familia, sino que prepara, además, y protege la unión y la estabilidad conyugales, cuyo honor, fidelidad y santidad ampara y fomenta. Al mismo tiempo cimenta y sostiene el orden civil y político, ofreciendo, de una parte, eficaz auxilio á la autoridad y, de otra, mostrándose favorable á las justas aspiraciones de los súbditos y á toda reforma prudente; inculcando el respeto á los príncipes y la obediencia que se les debe, y defendiendo los derechos imprescriptibles de la conciencia sin cansarse jamás. Y así es cómo, gracias á ella, los pueblos sometidos á su influencia no han temido verse esclavizados, porque la Iglesia ha detenido á los príncipes cuando les ha visto lanzarse por la pendiente de la tiranía.

(Se continuará).

EL REPRESENTANTE DEL SUCESOR DE D. BOSCO en América

(Correspondencia de D. Calógero Gusmano á nuestro Rector Mayor D. Miguel Rúa).

REVMO. SR. D. MIGUEL RÚA:

Amadísimo Padre: El día 7 de Mayo nuestro vapor anclaba en el puerto de una simpática y por nosotros suspirada Ciudad. Eran las 2 y media de la mañana. D. Malán y un servidor nos levantamos de las redes que nos habían servido de cama durante la noche y D. Albera durmió sobre unas tablas. A las 4 ya los primeros rayos de luz hacían algún tanto visibles los objetos, y después de que las Autoridades del puerto y sanitaria hicieron su respectivo examen, una elegante barca y con diez expertos marineros vino á recibir al Visitador de los Salesianos. En la playa lo aguardaban más de quinientos entre niños y niñas, la banda Salesiana, la de marina y multitud de gente del pueblo. Tan pronto como Don Albera saltó á tierra, la banda tocó la marcha real y el himno nacional, é inmediatamente después un vivaracho y atrevido jovencito se adelantó, y haciendo las veces de orador, le dió la bienvenida al suelo brasileño, saludándolo en nombre de la Compañía de S. Luís, de la que era Secretario, del Colegio Salesiano de S. Gonzalo, del pueblo de Cuyabá y en general de la nación entera: un espontáneo y prolongado viva confirmó sus palabras. D. Albera recibió una verdadera y entusiasta ovación en el trayecto desde el puerto al Colegio; veinte minutos ó más tardó en recorrer el trayecto que formaban las dos filas de gente, en las que había personas de toda clase y condición. También los marineros y soldados honraron al Representante de Nuestro Rector Mayor, tocando sus bandas las mejores piezas de su repertorio. En un artístico arco, colocado á la entrada del Colegio se leía la siguiente inscripción: *Collendissimo Rectoris Majoris nuncio fausto adventus ejus die — filii peramantes — populus commotus — juvenus festinantes — uno corde — salutem dicunt*. Efectivamente: todos los buenos cuyabanos estaban en movimiento por este suceso. En todo el tiempo que allí permanecimos fué un continuado homenaje que todos sin excepción

tributaron á nuestra amada Sociedad Salesiana. Las Autoridades Eclesiástica, Civil y Militar visitaron y ofrecieron sus respetos á este humilde hijo de D. Bosco.

Ya estamos en el Brasil: la primera impresión no pudo ser más halagüeña. Esta vastísima República será el campo de nuestros viajes por meses enteros y pasaremos de sorpresa en sorpresa en las 25 Casas Salesianas que hay en ella. El Brasil ocupa casi la mitad de la extensión de América meridional, en los domingos en el santuario de Nuestra; Qué campo tan vasto tiene aquí abierto la Obra Salesiana! Esta tierra bendecida por Dios; este nuevo edén enriquecido y adornado de cuanto la naturaleza tiene de bello, posee el clima tropical y á la vez disfruta de un clima dulce y agradable en extremo. Oro, plata, azufre, carbón de piedra, variados y valiosos cristales, mármoles finísimos, mercurio y otros mil productos minerales encierra en sus entrañas este vasto territorio. En un siglo, solamente el estado de Minas Geraes ha extraído 615,000 kilogramos de oro.

Rico y abundante es el reino mineral; pero aun así, le supera el vegetal. Aquí tolo es vegetación; pero una vegetación exuberante y continuada: hay sitios donde se recolecta la uva cuatro veces al año. Las frutas tienen colores más vivos, formas muchísimo más bonitas y lo que es mejor todavía, un sabor mucho más exquisito que las conocidas en casi toda Europa. Hemos visitado bibliotecas curiosísimas, pues algunos de sus libros están encuadrados con variadísimas planchas de madera: todas ellas del Brasil: la naturaleza, en una palabra, es generosísima en todo con esta región: posee el rey de los ríos, el caudalósimo Amazonas, cuyos afluentes son mayores que el Volga, Rhin y Danubio, llevando él solo al mar más agua que todos los ríos de Europa. Estas son las pinceladas que puedo dar de la República que ha de visitar D. Albera, y después, atravesando los Andes, iremos (D. m.) á las Repúblicas del Pacífico.

Ventidós días empleamos desde Buenos Aires á Cuyabá, capital del estado de Matto

Grosso. Fuimos primero en el *Ladario* y después en el *Nojac*, vapores pequeños y que se viaja bastante bien cuando los viajeros son menos de cincuenta ó sesenta, pero si excede el número no hay sitio. D. Albera tuvo que dormir sobre dos bancos unidos y D. Malán y un servidor en una especie de amaca. Algunas noches las pasamos mal por los mosquitos.

D. Malán, actual Superior de las Casas, acompañó á Monseñor Lasagna en su primer viaje á Matto Grosso: era la quinta vez que viajaba por estos parajes, por lo cual los conocía admirablemente. Muchos detalles podría dar de los puntos por donde pasamos; pero mi relación sería muy pálida al lado de la hecha por Monseñor Lasagna y ya publicada en el BOLETÍN. ¡Qué apóstol tan digno de imitarse! Pocos días estuvo en el Paraguay, y con todo eso. ¡Que recuerdos tan gratos dejó! En la sala de recibir de muchas Casas ocupa el puesto de honor el retrato de Monseñor Lasagna. La esposa del actual Presidente de la República le enciende una luz una vez cada semana, pues le venera como santo. Le dijo á D. Albera que el único hijo que tienen, se lo presentaron á Monseñor, recordando este hecho con señaladas muestras de afecto. Se hacía pequeño con los pequeños, por lo cual se captaba al momento las simpatías de todos, dándole todos el nombre de apóstol del Matto Grosso: efectivamente los indios fueron el objeto principal de sus preocupaciones. Se privó hasta de su Secretario para que fuese director, y lo hizo porque era fiel intérprete de sus deseos. Cuyabá ha ganado muchísimo con la venida de los Salesianos. Al llegar éstos, solamente tres hacían el cumplimiento pascual y ahora, el mismo D. Albera ha tenido que trabajar muchísimo en los 40 días que allí hemos estado. Para convencerse baste saber el estado floreciente de las Asociaciones del Sagrado Corazón de Jesús, de la Santísima Trinidad, de las Hijas de María, Cofradía de María Auxiliadora, exhibiendo todas sus escapularios en la procesión del *Corpus*, presidida por el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo, á pesar de su indisposición: la del Sagrado Corazón de Jesús fué celebrada por D. Albera. El trayecto era largo, y con todo eso, más de la mitad de la gente de la Ciudad iba acompañando á la bendita imagen, habiendo colgaduras por las calles donde pasaba. También tomó parte la Compañía de S. Luís, de nuestro Colegio de S. Gonzalo.

No se desprende de todo esto que la impiedad no trate de destruir lo que el sacerdote católico hace en favor del reinado de Jesucristo, porque los espiritistas y masones

trabajan mucho; mas con todo eso es en extremo consolador el movimiento católico que se advierte. D. Albera ha distribuido á centenares de fieles el Pan de los fuertes, tanto en la Capilla de María Auxiliadora, como en la parroquia de S. Gonzalo, con motivo de las principales festividades que allí se han celebrado, como la Ascensión, Pentecostés, María Auxiliadora, *Corpus* y el Sagrado Corazón de Jesús. Todos los que comulgaron el día de María Auxiliadora en la parroquia de S. Gonzalo, presentaron á D. Albera un escrito donde estaban todas sus firmas, rogándole que tuviese la bondad de depositarlo en la tumba de D. Bosco, cuando regresara á Turín. Cuando lea usted, amado Padre, estos nombres, se persuadirá que no fueron solamente Señoras las que tomaron parte en el Banquete eucarístico.

Cuyabá consta de unos 18,000 habitantes: los Salesianos, además de atender en lo espiritual á todas las personas que vienen á la Capilla, tienen á su cargo la del Asilo de Santa Rita, confiado á las Hijas de María Auxiliadora, la parroquia de S. Gonzalo y celebran la Santa Misa en la Catedral y en la Iglesia de la Pasión: también dicen Misa todos los días y atienden al Oratorio festivo Señora de la Guía. Tienen una Casa para los clérigos adscritos en Coxipó, y otra las Hijas de María Auxiliadora. D. Albera ha experimentado gran consuelo al recoger las primicias de la buena semilla que su discípulo Monseñor Lasagna sembrara en aquel suelo, pues ha recibido la profesión religiosa de siete nuevos hermanos, cuatro de Cuyabá, y bendijo el hábito de otros cinco, así como también de varias Hijas de María Auxiliadora: excuso decirle que en uno y otro sitio fué recibido con señaladísimas muestras de afecto. Un señor de Cuyabá me aseguraba que jamás el Estado de Matto Grosso ha visto que se consagren á Dios de una vez, tal número de sus hijos: en la actualidad no hay otros religiosos que los Salesianos y las Hijas de María Auxiliadora. En Corumbá, ciudad menor que Cuyabá, pero bastante más rica y con más movimiento comercial, hay clases para externos: nuestros sacerdotes parece que se multiplican, y atienden también á *Ladario*, donde se halla el arsenal brasileño; pero todo esto no es nada si se tiene en cuenta que el estado de Matto Grosso es cinco veces mayor que Italia, y solamente hay en él siete sacerdotes, dos de ellos en la Capital, advirtiendo que el Vicario general tiene ya 82 años, sufriendo los achaques propios de su ancianidad. ¡Pobre Señor! — Desde el pa-

ado Noviembre, nos decía, hace que ni cerebro ni veo á mi Obispo. Los otros están repartidos por toda la diócesis (es la mayor del mundo), padeciendo los pobres también bastante. El Seminario está completamente desierto hace muchos años, por lo que no se puede menos de bendecir á la divina Providencia que ha enviado á los Salesianos y ha bendecido sus fatigas.

El Colegio de S. Gonzalo está lleno de niños y no es suficiente para poder atender á todas las peticiones. Los Superiores no tienen cuarto, pues hay que aprovecharlo todo: sus dormitorios son las clases. Desde luego renunció á describir el teatro y las academias celebradas en el Colegio de S. Gonzalo, en el Asilo de Santa Rita y en Coxipó, resultando todas satisfactoriamente: sólo hablaré del hecho que tuvo lugar el día de la aparición de S. Miguel Arcángel, ocho de Mayo, primera fiesta que celebramos en Matto Grosso. Nos dijeron que un grupo de indios, compuesto de diez hombres y tres mujeres, se dirigían á la Capital: iban casi completamente desnudos. Se vistieron de la mejor manera posible y fueron presentados á Don Albera, recibiendo muy alegre tan grata sorpresa: de ellos se tomó una fotografía. Venían, según dijeron, á hablar con el Sr. Presidente, porque no querían continuar bajo la dirección de los soldados, sino que deseaban estar con los Salesianos. ¡Pobres indios! Tienen mucha razón, aunque no diga la causa. Nuestros hermanos tratan de establecer una nueva colonia en medio de los Coroados. Cerca de Goyaz han comprado ya el terreno, por no estar sujetos á las vicisitudes de la política, y para secundar los deseos del Apóstol de los indios que de todo corazón lo deseaba, cuyo cumplimiento se llevará á efecto. Nuestra salida de Cuyabá fué casi repentina, porque el vapor partió antes del día establecido: es el único medio de viajar: en todo Matto Grosso hay una vía férrea, deduciéndose de esto que él conduce el correo: en los cuatro ó cinco días que para, se suspenden las ocupaciones ordinarias por atender á la correspondencia y otros asuntos comerciales. Cuando se anuncia la salida, todos se apresuran á enviar las cartas á bordo: á veces tarda en regresar un mes ó más, y nosotros no podíamos detenernos aquí tanto tiempo. Por esta razón fué preciso avisar á D. Albera, que no estaba en casa, y arreglar todas las cosas para el viaje: salimos acompañados de nuestros hermanos y de los niños. En el puerto había muchísima gente: la banda tocó un himno de despedida, y sus notas indicaban mucha tristeza: después que despidió al Sr. Presidente del Estado, al General y demás Autoridades, dió un abrazo á nuestros hermanos y también á los niños. Tan tierna despedida se comprende: las distancias son enormes y ¡cuándo volverán á ver otro Superior! En aquella casa todos son

Misioneros: hay un sacerdote brasileño; pero que dista de su pueblo muchos kilómetros, empleándose 40 días en el viaje. ¡Cómo se aman los hermanos y cómo se nota que todos defienden una causa común! Y con todo eso la separación fué necesaria, aunque dolorosa por parte de unos y otros. Con todo eso, quedan muy satisfechos así como también los niños y Cooperadores al saber que D. Albera jamás se olvidará de ellos.

¡Cuánto sufre el corazón del religioso al ver un campo tan extenso y fértil, jóvenes tan dóciles y bien dispuestos, ávidos de oír la divina palabra de la que carecen por falta de obreros evangélicos! Así se explica que no haya ningún salesiano que sienta haber dejado su patria por venir á América, pues todos reciben grandes consuelos espirituales al ver los opimos frutos que producen sus desvelos. Aproveche la ocasión para decirlo á los jóvenes que se preparan para venir á estos lejanos sitios, y añádales que lejos de arrepentirse encontrarán cada vez más placer en estas regiones, pues Dios dispone los corazones, y los consuelos espirituales exceden á toda ponderación, aunque tengan que sufrir los efectos de la lluvia, calor, frío, hambre, sed, sueño etc., etc, porque Dios lo recompensa aun en este mundo con muchas creces. En la última misión que dió D. Bálzola tuvo de bautizar de una vez 28 niños, porque debía ir á otro sitio donde lo esperaban con impaciencia: el mismo D. Albera bautizó cuatro niños en Matto Grosso mientras el vapor tomaba combustible. El día que visitó la Casa de María Auxiliadora se le presentó una joven de unos 14 años y le rogó que mandase un sacerdote porque su hermana no había podido confesarse desde que salió del Colegio, y además había que bautizar varios niños y bendecir algunos matrimonios. En casos semejantes ¿habrá quien pueda negarse? Cuando no se pueden remediar ciertas necesidades, se desearía no saberlas, pues entonces se padece mucho.

Con estos pensamientos nos alejamos, mientras la multitud daba su último adiós. Poco después desapareció todo de nuestra vista; solo en lontananza se veía el campanario de S. Gonzalo que hablaba elocuentemente respecto á las fatigas de nuestros hermanos.

El Maestro VARELA SILVARI, Cooperador Salesiano, acaba de escribir un *himno á la Sma. Virgen*, de carácter popular, con destino al Oratorio Salesiano de Madrid, que, á dos y tres voces, será cantado en breve y después publicado para enviar ejemplares del mismo á todas las Casas y Oratorios Salesianos establecidas en España.



DE NUESTRAS MISIONES

MATTO GROSSO (Brasil).

(Relación de D. Juan Balzola)

(Continuación). (1)

Peripecias y graves peligros. — Agradables encuentros. — Entre los Cajabís. — Inspeccionados por los indios. — Registro en las canoas.

Animados por el feliz éxito que la misión prometía, nos embarcamos nuevamente el 14 de Junio, aunque con mucha trepidación por haber bastantes escollos y también porque podíamos ser el blanco de las flechas de los indios. Recobramos algún tanto la serenidad y al cabo de una hora vimos una enorme cascada, por lo que se apoderó de nosotros gran temor. Para evitar mayores males se lanzaron los remeros al agua con el fin de guiar las canoas con la mano; pero habiendo llegado al principio de la cascada, la impetuosa corriente arrojó contra un escollo á una de ellas, siendo despedido el pobre piloto que la guiaba más de tres metros de distancia. Como si está prueba no fuese suficiente para ver la imposibilidad de continuar, se aproximó otra canoa, y el que la guiaba recibió en el pecho un golpe tan fuerte que empezó á echar sangre por la boca, recibiendo otro marinero en las piernas varias heridas graves. Ante tan inminentes peligros y dificultades, casi humanamente insuperables, parece ser que cruzó por la mente de todos el pensamiento de regresar á Cuyabá, dejando para mejor ocasión la visita que pensábamos hacer á los habitantes de tan espesa floresta; pero ninguno se atrevió á manifestar semejante idea; al contrario, después que reparamos los daños principales, emprendimos nuevamente el viaje.

Con la ayuda de Dios y de María Auxiliadora vencimos todas las dificultades, y después de pasar tan peligroso sitio, navegamos algunos días sin que nos ocurriera nada especial, no encontrando en lo sucesivo ni cascadas, ni escollos: estábamos tristes al no encontrar ningún indio, mucho más al pensar que podíamos disponer de pocos días por con-

cluirse los víveres, en cuyo caso había que regresar á Cuyabá. Por fin, el día 18 por la tarde vimos al primer salvaje, y como los otros empezó á gritar, y dando unas palmadas indicó por signos que le llevásemos á la orilla, donde estaba, algunos objetos. Al momento nos dirigimos donde estaba, y en vez de uno encontramos tres. Quise acercarme á ellos para darles lo que llevaba; pero con una rapidez inconcebible se dieron á la fuga: puse los objetos en un lugar donde pudieran verlos y me retiré. Por la noche acampamos en un lugar donde había muchas pisadas de salvajes, y entre ellos gran número eran de niños, cuyo indicio era inequívoco de que cerca de allí debía estar el núcleo principal.

Pasamos muy bien la noche y sin que nadie nos molestara: por la mañana ya íbamos á entrar en las canoas cuando aparecieron cinco indios en la margen opuesta del río: articularon algunas palabras, para nosotros incomprensibles, y supusimos desde luego que deseaban objetos de los que llevábamos. Acudimos al momento, pero, como los anteriores, huyeron tan pronto como vieron que nos acercábamos. Continuaron hablando en su monótono é ininteligible lenguaje, recordando las siguientes palabras: *api ap queccó arú aruquecó*, y aunque procuramos hacer que nos entendieran por señas, indicándole que fuesen á buscar á los otros y que no podíamos perder el tiempo, huyeron, por la orilla del río. A medida que íbamos más adelante, aumentaba el número de los indios, y habiendo llegado á un lugar verdaderamente estratégico por su posición, me persuadí de que sin duda allí concluía nuestra existencia. Donde se encontraban los indios, se elevaba una pintoresca colina que iba á terminar cerca de la margen del río, ocupando sobre todo la falda y la cima, cuyas posiciones eran ventajosísimas para habernos dejado muertos sin poder defendernos; pero sin duda la divina Providencia les tocó en el corazón y en vez de mostrarse hostiles, parece que con sus ademanes indicaban que les diésemos algunos de los objetos que llevábamos. Habiéndonos acercado á la orilla saltamos á tierra y traté de darle algunas cosas con la mano; pero ellos huían.

Comprendiendo que sería fácil atraerlos, tomé buen número de espejos, collares, navajas pequeñas etc., etc. Al momento me ro-

(1) Véanse los nos. de Febrero y Marzo,

dearon siete ú ocho niños, y con toda buena fe alargaban las manos para que les diese algo, alegrándose mucho al ver lo que le daba. Les pedí algún regalo suyo y me dieron algunos de los adornos que llevaban.



Ecce-Homo.

Escultura de los talleres Salesianos de Sarriá (Barcelona).

Viendo su actitud pacífica traté de coger á un niño por la mano; pero huyó al momento, y juzgando que esto pudiera traerme funestas consecuencias, me contenté con ofrecerles diversos objetos. Volvieron, aunque con mucho temor, y para dárselos tenía que alargar

el brazo todo lo que podía, y ellos los tomaban con las puntas de los dedos. Los del lado opuesto hicieron lo mismo, y aunque intenté que cogieran lo que les daba con la mano, jamás lo pude conseguir. Me dirigí á otro grupo, acercándome bastante á un indio jóven que tenía una calabaza llena de una especie de harina y que comía con avidez, y al tratar de acariciarlo, retrocedió inmediatamente, sospechando que le iba á hacer algún daño. Para demostrarles á todos mi actitud pacífica me acerqué á un anciano, recibiendo con marcada complacencia y sonrisa los cuidados que le prodigué y las muestras de amor y cariño que le hice.

Al ver la manera de tratarlo, todos aquellos infelices se acercaron ya sin miedo y empezaron á examinarme de pies á cabeza, llamándoles muchísimo la atención el traje; pero sobre todo las botas. Registraron todas las bolsas donde llevaba los objetos, me miraban por todas partes para asegurarse de mi persona, tomando un cortaplumas pequeño que tenía y querían les diese el Crucifijo y el escapulario de la Sma. Virgen, creyéndose con derecho á tomar todo lo que teníamos. A mis compañeros les tocó la peor parte, pues tuvieron que darles la camisa y el sombrero. Los indios creyeron que yo debía hacer lo propio, llamándoles sobremanera la atención el hábito talar que llevaba. Como pude les hice comprender que no podía acceder á sus deseos, y les dí otras prendas para la mujeres y niños, siendo de notar que entre 150 no había más que dos de aquéllas, las cuales se acercaron muy contentas á recibir trajes, mantones, collares, etc., etc.

En cuanto yo los entrefuere un buen rato el Catequista D. Silvio quiso tomar una fotografía de tan extraño como consolador grupo. Apenas vieron la máquina fotográfica creyeron que se les iba á hacer algún mal y trataron de huir, y para calmarlos hubo que desistir, por lo que han quedado privados los lectores del BOLETÍN de un buen regalo, pues resueltaría desde luego curiosa ó interesante.

De improviso salieron de la selva 14 gigantes salvajes, muy altos y robustos, de aspecto feroz y completamente armados. La manera de andar y las miradas que nos lanzaban eran seguro indicio de que estábamos en gran peligro; pero al verlos algunos de los otros indios les empezaron á gritar que no nos hiciesen nada que éramos sus amigos y bienhechores, y cambiando tan terrible aspecto, se acercaron á nuestros con deseos de conocernos. Al momento les ofrecí pañuelos, cuchillos, espejos, transformándose al momento al ver como nos portábamos con ellos.

Estando con ellos me invitaron á bailar y á cantar el *barucurú*, cosa que jamás había visto al tratar con otros indios, y desde luego accedí gustosísimo á sus deseos, pues desde luego vi sus corazones muy bien dispuestos, y el Misionero tiene que aprovecharse de

todas las ocasiones favorables que puedan presentarse. Un anciano á quien había dado un cuchillo cortó al momento una rama de un árbol, y á su manera me hizo comprender lo útiles que les eran tales instrumentos. ¡Pobrecillos! ¡Cuántas cosas las recibieron como venidas del Cielo, siendo la primera vez que los indios de estas selvas hablaban con personas civilizadas!

Mientras me entretuve un poco con los 14 gigantes, los otros fueron á donde estaban las canoas, limitándose al principio á enseñar los objetos á mis compañeros, pero después empezaron á apoderarse de todo lo que nos era indispensable: no paró en esto, porque yendo á mi departamento, se apoderaron de la manta y almohada y abriendo un baul me cogieron todos los libros y demás objetos que en él había. Afortunadamente el jefe de la expedición consiguió que lo dejaran todo á excepción de la manta. Viendo el peligro que había de que hicieran un nuevo saqueo, encargó á un negro el cuidado de todo, pero los indios, creyendo que era un blanco pintado de negro, empezaron á rasparle la piel. Otros asaltaron la cocina llevándose ollas, cucharas, etc., etc., poniendo en gran aprieto al pobre cocinero. Después que hubieron satisfecho su natural curiosidad, pues todo para ellos era nuevo, dispusimos el viaje, haciéndoles comprender que después de unos cuantos días, volveríamos llevándoles otros objetos. Antes de separarme, dí á cada uno una medalla de María Auxiliadora que recibieron con mucho gusto por haber visto que todos los que iban en mi compañía la llevaban colgada al cuello. Algunos me pidieron el Crucifijo y aprovechando tan buena ocasión todos lo besaron, y puestos de rodillas les dije que aquel Hombre que estaba enclavado en la Cruz, era Dios, Criador del Cielo y de la tierra, y con quien viviremos por siempre después de la muerte. Estuvieron con sumo recogimiento al hacerles esta profesión de fe, y después todos á la vez prorrumpieron en una exclamación, queriendo con ella decir: Todo lo hemos comprendido.

Separación. — Nuevas fatigas. — Una traición. — Audacia inaudita. — Dificultades y tristes consecuencias.

Muy cansados embarcamos para volver á casa, tanto por la falta de víveres, cuanto por haber terminado nuestra misión por esta vez. Los indios nos acompañaron hasta la orilla del río. Eran las dos de la tarde y aun no habíamos tomado absolutamente nada; pero sacando fuerzas de flaqueza decidimos no pararnos hasta el sitio donde habíamos dormido la noche anterior, confiados en que allí podríamos tomar algún alimento sin dificultad alguna. Al llegar, después de dos horas, fuimos sorprendidos por multitud de indios que nos esperaban y que al momento

se lanzaron al agua para dirigir las canoas á la orilla. Unos cincuenta que había en la otra margen del río pasaron todos á nado para venir donde estábamos, en tanto que éstos, entrando en las canoas empezaron á tomar objetos para llevárselos. Semejante conducta era más que suficiente para exacerbar á cualquiera de mismos compañeros, en cuyo caso había sido inútil todo lo ganado anteriormente, por lo cual resolvimos continuar para vernos libres de semejante invasión. Algunos insistieron en querer acompañarnos, verificándolo á pesar de nuestra insistencia para que se quedasen. Nuestra conducta con ellos no pudo ser mejor, por lo que nos parecía que no había por qué temer, por lo cual continuamos con toda tranquilidad. Poco después de partir vimos caer una flecha en el agua y después algunas otras, yendo todas en dirección á las canoas. Al principio creímos que fuese una demostración de afecto, aunque manifestada de un modo bien extraño, pero al ver que una de ellas pasó casi tocando la cara de un piloto y que otras varias cayeron muy cerca de las embarcaciones, ya tomamos el asunto con seriedad. Los dos hombres que estaban en la canoa que era más perseguida, se arrojaron al agua, diciéndonos á nosotros que procurásemos alejarnos de manera que no fuésemos objeto de las iras de los indios.

Continuaron descargando flechazos sobre la canoa pequeña: el peligro era mayor de lo que podíamos figurarnos, por lo que remábamos con todas nuestras fuerzas; pero estas nos faltaron. Yo no hacía más que recomendar á todos mis compañeros calma y prudencia, y por fin una flecha me quitó de la cabeza el sombrero, por lo cual hice grandes esfuerzos para detenerlos, pues querían disparar contra los indios, en cuyo caso se habrían empeorado las cosas.

Fué verdaderamente providencial el contenerlos, mucho más sabiendo que podían haber disparado en pocos minutos más de 200 tiros, pero esto hubiera sido nuestra perdición, porque centenares de indios habrían acudido en auxilio de los atacados, y ante un número tan crecido, nuestra defensa era imposible, por lo cual hubiéramos muerto en el río. Cesaron las flechas y al reunirnos, no sabíamos qué hacer en tan críticos momentos: poco después apareció en la orilla del río el jefe de los asaltadores: iba cantando y nos pidió algunos objetos, como si nada hubiese ocurrido. La indignación se manifestó en todos los semblantes, y á duras penas pude contenerlos, pues querían tomar los fusiles y hacer fuego: creí oportuno satisfacer los deseos del cruel salvaje. El mismo que poco há no recibe un flechazo en la cara, le llevó los objetos, marchando después los indios al centro de la selva.

Era ya de noche y no habíamos tomado alimento desde la tarde anterior, y no sabía-

mos que hacer en vista de lo ocurrido. Tomamos unas galletas y continuamos hasta que la noche estuviera más avanzada. Dos horas después tratamos de saltar á tierra con el fin de descansar; pero no pudimos conseguirlo por ser las orillas de una elevación colosal, por lo cual decidimos dormir un poco en las mismas canoas; pero ¿quién duerme después de un día tan calamitoso? Al día siguiente tropezamos con nuevas dificultades. No podíamos continuar por el río á causa de la corriente que era muy fuerte, por lo cual algunos tuvimos que andar á pie por tierra, mientras los otros con gran dificultad llevaban las canoas adelante. Las consecuencias se sufrieran al momento; casi todos enfermamos, teniendo los pocos sanos que quedaron auxiliar á los restantes; aunque las circunstancias eran bien críticas, pues había que atender á los enfermos y á la vez remar del mejor modo que era posible.

(Se continuará.)

GUALAQUIZA (Ecuador).

(Relación de D. Francisco Mattana) (1).

(Continuación).

Valor puesto á prueba. — Eficacia del ejemplo. — Sueño ligero y baño involuntario. — En el valle de Yunganza. — Encuentro del Brujo Papuá. — Señales de redención. — El Capitán Sandro.

A las 12 y después de muchas tentativas pudo el jívaro Cepiti, hijo del Capitán Tucupí, pasar á la orilla opuesta donde le esperábamos impacientes por saber si podría vadearse el río. Nos dijo que era peligrosísimo por ser muy profundo é impetuoso, y que sólomente los jívaros más altos y que saben nadar muy bien pueden atravesarlo; aunque con gran peligro de perecer arrastrados por la corriente. Al oír esto el desaliento se apoderó de todos y nadie se atrevió á ir á la otra parte. Yo procuraba animarlos á todos diciéndoles que se agarrasen de las manos unos de otros para poderse auxiliar mutuamente; pero el decaimiento era tal que todos procuraban hacarme desistir de vadear el río en aquellas ocasión. No era posible permanecer en la orilla hasta el día siguiente, porque los densos nubarrones que cubrían el cielo, amenazaban lluvias torrenciales y por consiguiente, creciendo más el río, el paso sería más difícil, por lo que habríamos tenido que esperar más tiempo, las provisiones disminuirían y la desanimación haría que los jívaros se marchasen sin provecho alguno. Cruzó por mi mente que: *Verba movent, exempla trahunt*, por lo cual, tomando un fuerte

bastón y levantándome la sotana, hice la señal de la Cruz y acompañado del jívaro Juan Cayapa de Gualaquiza y el más fuerte de toda la comitiva, entré en el río. Fui adelante *in nomine Domini* y las aguas me cubrían las espaldas y amenazaban ahogarme; pero unas veces andando y nadando otras pasamos el río y gracias a Dios en pocos minutos estábamos á la parte opuesta. Tanto mis compañeros como los jívaros estaban llenos de asombro, pues jamás pensaron que yo atravesara el río, y tanto es así que en el tiempo que duró la travesía no dejaron de mirarme. Cuando vieron que el agua me llegaba muy arriba, decían entre sí llenos de tristeza: *El Padre Francisco ahogando pensando*, y estaban dispuesto á arrojarse al agua para salvar mi vida, aun á costa de la suya propia. Cuando llegué á la orilla sano y salvo, su alegría fué sin igual. Después me decían: *Padre Francisco, vos mucho valor habiendo, mucho nadar y mucho río grande pasar sabiendo*. Los que quedaban al lado opuesto, me imitaron y aunque con dificultad, atravesaron el río, en tanto que yo estuve haciendo ejercicios de natación para poder pasar otros ríos que hubiese más hondos y peligrosos, y también para poder socorrer á mis compañeros en caso de necesidad.

Terminada felizmente tan arriesgada operación, continuamos el viaje, llevando entre todos los utensilios necesarios. Después de caminar algunas horas nos paramos, tanto porque algunos jívaros se sentían algo indispuestos, cuanto que más adelante no encontraríamos agua para celebrar la Santa Misa y para hacer la comida. Una vez que hicimos las tiendas de campaña, me dediqué á curar á los enfermos y después, en unión de nuestro hermano Avalos y de algunos jívaros, preparé la cena, mientras los otros fueron á ver si podían cazar algo. Cuando todo estuvo dispuesto, cenamos todos con un apetito fenomenal, y después de preparar la salvagina cazada para la mañana siguiente, nos acostamos. No habría transcurrido aún una hora cuando se desencadenó una tormenta tan fuerte que no parece sino que los rayos querían destruir toda la floresta. Gracias á Dios nada nos ocurrió, á excepción de que el sueño, lleno de miedo por el formidable estampido de tantos y tan continuados truenos, huyó de nosotros, y nuestros pobres cuerpos recibieron un abundante baño involuntario. A la mañana siguiente encendimos una buena fogata para secar toda la ropa y calentar el desayuno. Próximamente á las seis armamos nuestro altarcito portátil, donde celebré el Santo Sacrificio de la Misa, administrando á mis compañeros la Santa Comonión. Después de dar gracia y de tomar el desayuno, continuamos nuestro camino y á las doce llegamos á la cumbre de la montaña que separa á Indanza de Yunganza. Tomamos algún alimento, y después de admirar el bello pano-

(1) Véase el número de Febrero, pág. 37.

rama que se presentaba á nuestra vista, continuamos en marcha y en dos horas llegamos al río del mismo nombre, y prosiguiendo el camino por la margen derecha, encontramos varios toldos de le los jívaros, aunque inhabitados, hasta que á las cuatro de la tarde pasamos al lado opuesto de dicho río.

Con gran facilidad se podría poner el valle de Yunganza en comunicación con las poblaciones civilizadas por medio de un camino que fuese á Chordeleg, pasando por la selva

O. con el monte del mismo nombre y que la separa de Indanza.

Dos horas después, y siendo ya de noche, nos paramos, y mientras los jívaros fueron á caza, se acercó un médico jívaro, llamado Papué, en compañía de un hijo suyo de unos doce años. Este era enemigo de los jívaros que me acompañaban, y llegó adonde yo estaba en el momento de preparar las tiendas de campaña. Me conoció al momento por haberme visto antes en Gualaquiza, y saludán-



Alumnos de los Colegios Salesianos de Lima y Callao (Perú).

que divide á esta parroquia de la del Pan. Al pasar por dicha selva se encuentran los jívaros en medio de la gente civilizada, ocupando aquellos el fértil, pero casi despoblado valle de Yunganza. El clima varía algo del de Indanza, siendo muy sano, pues no se encuentra ningún pantano. En el centro la vegetación es exigua; pero sus faldas son muy fértiles, en las que se desarrollan toda clase de plantas. El río es menos caudaloso que el de Indanza y corre de N. á S. curveando después hacia el E. Yunganza confina: al N. con las montañas y selvas de Chordeleg y del Pan; al E. con la cordellera que la separa de Chupianza; al S. con otra gran cordillera llamada *Macha* por los jívaros, y al

dome afectuosamente le extrañó mucho el verme sólo en un lugar tan apartado y peligroso. Tan pronto como los jívaros que me acompañaban, me sintieron hablar con un jívaro que para ellos era desconocido, temiendo algún percance, se armaron de fusiles, lanzas y cuchillos para matarlo tan pronto como vieran el menor movimiento agresivo; pero al ver que hablábamos familiarmente, se tranquilizaron, no sin haber cruzado entre ellos palabras algo duras y de haber amenazado al *brujo* (médico) Papué, su mortal enemigo. La presencia del misionero hizo que después se trataran amistosamente. Después de haber hablado lo menos una hora, nos invitó á todos á cenar en su casa, distante unos siete kiló-

metros. Agradecemos la invitación; pero aquella noche la pasamos donde habíamos acampado sin poder dormir absolutamente nada á causa de la lluvia torrencial que cayó. Por la mañana se hizo lo de costumbre y después de celebrar la Santa Misa y de colocar en aquel sitio una gran Cruz, emprendimos el camino.

La Iglesia celebraba la fiesta de Santa Lucía, virgen y mártir, y nosotros caminamos en medio de una abundantísima lluvia que duró hasta la cuatro de la tarde. Después de dos horas de camino llegamos á la casa del jívaro Papué, y por la prisa no hicimos más que saludarlo y decirle que al día siguiente lo esperábamos, en un tambo cercano, con toda su familia para bautizar á los niños é instruir á los demás. Sintió mucho que no nos quedásemos allí, despidiéndonos hasta el día siguiente: nos regaló gran cantidad de fruta.

Después de pasar el río Jananus encontramos á un anciano de unos 60 años, acompañado de dos mujeres. Empezaron á andar de prisa para que no los alcanzásemos, y habiendo hecho nosotros lo propio, nos acercamos á ellos y les preguntamos de donde venían, adonde iban y si era aquel el camino de Méndez. Viendo el anciano que lo trataba como ó verdadero amigo, me dijo: *Yo siendo*

*el capitán Sando taita de Guatingú jívaro y de Papué jívaro, haciéndome comprender de la mejor manera que pudo que venía de casa de su hijo Papué y que iba á la suya: que las dos mujeres que le acompañaban una era su esposa y otra una pariente; que el camino de Méndez era el que seguíamos. Me preguntó que quien era y donde iba con aquella gente, respondiéndole que era el Padre Francisco de Gualaquiza y que iba a visitar á los jívaros de Méndez. Tan pronto como oyó mi nombre se sonrió, y dándome la mano, me dijo: *A vos Padre Francisco yo y jíbaros Mendeños mucho queriendo; yo á vos acompañando, á mi casa llegando, hay muchos puercos, gallinas, plátano, yuca, camotes, comiendo, parejo conmigo y jívaros mendeños viviendo mucho bueno está, y nos sirvió de guía.**

Después de dos horas y media de camino y acompañados por incesante lluvia, descendimos á un valle muy triste y sombrío. El agua no dejaba de caer, por lo que pernoctamos á orillas del río Cumza. Sando y su mujer prepararon una excelente lumbre y después la cena, pero antes de cenar tuvimos que secar toda la ropa, pues toda iba completamente empapada.

(Se continuará.)

Memorias del Rev. D. Beauvoir

MISSIONERO SALESIANO

TIERRA DEL FUEGO

Cuchillos, cucharas, raspador, vasos, aguja, escobilla, peine, brazaletes, collares.

Los cuchillos, cucharas, raspadores y algunas veces hasta los platos los hacen de conchas: cuando en la playa encuentran fajas de hierro, de los cajones y barriles, los hacen de esta materia.

El raspador (*Cham*) era un pedazo de concha elegida entre las más consistentes y afiladas: la sugetan después con correas á un pedazo de leña y forma el mango. De este instrumento se sirven para separar la grasa de la carne después que han desollado el animal cazado, ó también para quitar el pelo de la piel. De las conchas más anchas hacen los platos (*Akoch'n*).

Los vasos para beber los hacen de corteza de roble y después de haberla cosido con tendones

ó con juncos, la pulen con una mezcla hecha de greda y grasa. Cuando el vaso es mayor le ponen una correa en forma de asa, y entonces tiene la forma de una jarra y que ellos llaman *Sené'n*.

Las agujas no son otra cosa que espigas de pescado, ó bien un hueso ó un pedacito de leña bien aguzado; la llaman *Chloken*. No les falta tampoco la *escobilla* (*Hacian* ó *queel*) formada por un manojo de yerba: también usan el peine, (*Am'kich* ó *Homchen*) y consiste en una mandíbula de una especie de delfín pequeño, armada con sus dientes. Hasta las mujeres fueguinas tienen adornos para las orejas y cuello, y son unos collares de diferentes tamaños y materia (*Totl-Kotn*). Los hacen con pedacitos de *huesos de pájaros* ensartados sobre una trenza de tendones. Otras veces los hacen trenzas finas, teniendo un número impar de vueltas, esto es 5, 7, 9, 15 y hasta de 19, y otra veces los hacen de conchitas que ensartan artificiosamente sobre trenza de tendones, y parecen perlas preciosas.

Los llevan las mujeres, especialmente las jóvenes; raras veces algunos hombres.

También usan *brazaletes (kochel)* de piel de guanaco, y entre las fueguinas, sobre todo, hay sus modas. Además de los collares (*Totl-Koin*) de los brazaletes ó pulseras y de los demás adornos, usan cosméticos y colores diferentes, blanco, rojo y negro, según las diferentes circunstancias. Se pintan media cara, de la nariz arriba, pero varía según que sean jóvenes, madres de familia ó viudas, y también con sus colorines indican que están de fiesta ó de duelo. Los hombres por lo regular llevan como adorno una especie de *diadema*, que consiste en un frontal llamado *kochel*, que es un pedazo de piel de la frente del guanaco, que les ciñe la frente, sugetando las dos extremidades con una trenza fina de tendones. Suelen pintarse también, no la cara tan sólo, sino además todo el pecho. Esto especialmente lo hacen cuando están dispuestos á pelear.

Mucho habría que decir de sus cánticos, tanto festivos como fúnebres. Son interminables y duran muchos días y noches, así como igualmente sus ensordecedores gritos, no siendo posible compararlos á nada, porque son originalísimos por su rareza y extravagancia, y tan indefinibles, que el más experto músico se quedaría sin poder combinar nada.

Su fiesta más solemne es la noche del plenilunio. Sus gritos y voces con este motivo no tienen igual, oyéndose en todo el contorno. Motiva este alboroto la superstición de que la Luna nueva crece comiendo la carne de sus niños; empero celebran su plenilunio porque entonces estando llena no necesita robar más y por esto festejan este acontecimiento. Dónde haya tenido origen esta superstición y cual sea su sentido místico ó figurado, aun no lo hemos podido averiguar.

Sus juegos. — Lucha, pelota, argolla y tiro al blanco.

Como todos los pueblos de la tierra también los fueguinos tienen sus horas de distracción y de entretenimiento. Ellos también pasan algunos ratos de expansión. He aquí algunos de sus pasatiempos.

La *lucha* es un juego con que prueban sus fuerzas musculares, su agilidad y su viveza, procurando á todo trance no ser vencido por su rival. Por eso los indios que sobresalen en gallardía y arrogancia se desafían mutuamente. La lucha se verifica entre dos indios colocados en el centro de un círculo de expectadores, quienes sin intervenir en pro ni en contra de ninguno, siguen con su vista á los luchadores en todos sus movimientos. Los dos rivales se abrazan y cada cual procura derribar á su adversario. Son muy afi-

cionados á este juego, con el exclusivo fin de probar sus fuerzas. A veces se cambia en verdadera riña, y produce consecuencias fatales entre los lidiadores.

También les gusta mucho el juego de pelota y la hacen de plumas ó de paja. Los jugadores forman círculo y la hechan uno contra el otro, procurando que nunca caiga al suelo.

La *argolla* es un juego más bien de niños. Consiste en una argolla ó aro formado de yerba de unos 20 á 25 centímetros de diámetro, que uno tira haciéndolo rodar por una bajada, mientras otros se adiestran á pasarlo por el centro con sus flechas.

El *tiro al blanco* lo hacen con las flechas y arco. Cuando juegan lo hacen con sumo interés, y después hacen también sus comentarios, dándoles materia para muchas sesiones, especialmente al reunirse al fuego por las noches.



Una difícil operación evitada.

A fines del año pasado me sobrevino una grave enfermedad, y para su curación era necesario hacer una operación muy difícil, para lo cual debía trasladarme á Barcelona. Cuando ya se hacían los preparativos, una amiga mía, muy devota de María Auxiliadora, me dijo que me encomendase á Ella, dándome una medalla que al momento me puse al cuello, prometiendo que si me curaba sin ir á Barcelona, daría una limosna para su iglesia de la Granja Salesiana, y haría celebrar una misa en su honor. Mis súplicas fueron escuchadas, porque cuando vino el médico, me encontró muy mejorada y dijo que ya no tenía necesidad de que me hiciesen la operación.

Mil gracias á tan bondadosa Madre que se dignó concederme la salud.

N. N.

Gerona (España) 20 de Febrero del 1902.

**Auxilium Christianorum,
ora pro nobis.**

El 6 de Enero del presente año fui llamado por la policía, en el momento que iba á salir

á Misa al pueblo principal, con el fin de enviarme á practicar las diligencias de un sumario contra unos dos homicidas, cuyo asesinato había tenido lugar el 4 del corriente en una aldea.

Preparadas ya las caballerías que debían conducirnos al lugar donde se había cometido el crimen, tomé una de ellas, pero siendo sólo de carga, al sentir el ginete encima, me lancé al suelo, cayéndome de pecho y costado izquierdo. Desde luego conocí que sólo á María Santísima debía el no haber quedado víctima de aquella terrible caída, y aunque sané, mi estado era deplorable. No teniendo ya esperanzas en lo humano, me dirigí á María Auxilio de los cristianos, ofreciéndole rezar su novena y dar una limosna de ocho sueros para la Casa-Misión de Gualaquiza y publicar la gracia en el BOLETÍN SALESIANO si fuera posible.

María quiso ostentar su poder, pues á los tres ó cuatro días, en la festividad de Pentecostés, después de haber recibido los santos Sacramentos, me sentí ya mejor, y ha continuado la mejoría hasta el día de hoy.

Me complazco, pues, en cumplir mis promesas, deseando se publique esta gracia de María Auxiliadora.

VICTOR SAMANIEGO.

Sigsig (Ecuador) Octubre 1 de 1901.

María protege á sus devotos.

Un niño de nuestro Colegio fué á pasar las vacaciones á una hacienda en compañía de su familia, donde cayó gravemente enfermo. Los médicos lo desahucieron por lo que su pobre madre, llena de dolor y amargura lo encomendó á María Auxiliadora, viniendo á decirme el estado de su hijo.

Estaba sin embargo resignada á que se cumpliera en su hijo la voluntad de Dios: le aconsejé que hiciera una novena á María Auxiliadora, ofreciéndole además que mandaría celebrar una Misa y empezar en casa una Novena; prometí además colocar yo mismo un ex-voto en el cuadro de la Santísima Virgen y publicar la gracia si la conseguía.

Se empezó en casa la novena con todos los niños; se celebró la Santa Misa en la cual comulgaron casi todos los compañeros del enfermo. María oyó nuestros ruegos, pues el mismo día que principiamos la novena, según supimos después, empezó la mejoría del alumno y siguió paulatinamente, hasta que al terminarse la novena, encontrábase el enfermo fuera de peligro.

A los pocos días tuvo una recaída; por la segunda vez se puso grave, y nuevamente fueron escuchadas nuestras oraciones; en la actualidad el niño sigue en su convalecencia, y esperamos que dentro de poco tiempo estará de regreso al colegio para seguir sus estudios.

En cumplimiento de lo ofrecido, he colo-

cado el ex-voto en el cuadro de nuestra buena Madre y doy publicidad á este nuevo favor de la Reina del Cielo, para consuelo de los que se encuentren necesitados. No en vano se acude á Ella pues es la tesorera de las divinas gracias, y de Ella repetía nuestro Padre D. Bosco: "¡Cuan buena es María!"

Sac. GUIDO ROCCA.

Quito (Ecuador) 27 de Septiembre de 1902.

María cura á un herido.

La pluma se resiste á describir la profunda pena que se apoderó de mí cuando tuve conocimiento del funesto incidente que sufrió un joven de quince años de edad á quien yo con exquisito esmero protegía desde los primeros años de su niñez. La necesidad le obligó á solicitar una plaza en las minas de Cartagena. Admitido este á trabajar en calidad de bracero, continuó sus operaciones subterráneas, sin lamentar ni sufrir el más pequeño contratiempo. La suerte que hasta entonces le había sido próspera y sin mezcla de ningún quebranto para él, se le mostró adversa y en uno de los días del mes de Junio del año 1900 fué víctima de un hundimiento. Extraído de entre los escombros, trasladáronle á uno de los establecimientos de beneficencia más próximo, en donde observado atentamente por los facultativos, resultó con tantas y tan graves heridas, que la ciencia desconfiaba curarle. En situación tan dolorosa y triste permaneció unos meses en el hospital, sin que los remedios de la medicina lograsen su restablecimiento. Cansada de dilaciones resolví por último traerle á mi casa y seguir favoreciéndole como siempre con mis cuidados: acordándome de la misericordia de María, en unión de un hermanito del enfermo, ofrecí la limosna de una peseta á tan buena madre, y hacer público el favor en el BOLETÍN SALESIANO, si le concedía la salud. Oyó nuestra ferviente súplica la Virgen de D. Bosco. En breve empezó á mejorar y al presente, se encuentra con las heridas completamente cicatrizadas. Lo hago público, como lo prometí, deseando que todo redunde á mayor gloria de la que con tanta razón es invocada como Auxiliadora de los Cristianos.

MARÍA MUNS.

Zurgena (Almería) 15 de Febrero de 1902.

Recobra la salud.

El 10 de Noviembre cayó nuestra querida mamá como herida por un rayo, quedando instantáneamente sin sentido.

No es para descrito el desconuelo que nos causó ver en tal estado á la que hacía un instante estaba conversando afablemente con nosotros.

Nuestra primera diligencia fué avisar al Rdo. Cura Párroco, el cual al verla en tal situación no creyó oportuno administrarle el Sacramento de la Extrema Unción; pues se-

gún su parecer como el de todas las personas que la asistíamos era ya cadáver.

No cabiendo en nuestra mente la idea de quedarnos sin madre, llenas de confianza en nuestra Madre, María Auxiliadora, mandamos dos velas para que se encendieran delante de su Sagrada Imagen que se venera en la Granja Salesiana, y nos recomendamos á las oraciones de los niños asilados en dicha Granja, los cuales, sabedores de cuanto ocurría, fueron inmediatamente á la Iglesia á rogar por ella, lo que hicieron por cuatro veces durante el mismo día, y al siguiente empezaron una novena.

No se hizo esperar la protección de María, pues aquella misma noche pudo recibir los Santos Sacramentos estando tan en pleno uso de sus facultades mentales, que edificó á cuantos la rodeaban por la devoción con que recibió el Sto. Viático.

Finalmente, luego de luchar por espacio de ocho dias entre la vida y la muerte, fué mejorando visiblemente hasta el punto de que en la época presente está gozando de completa salud.

Gracias mil sean dadas á María Auxiliadora que no hace los favores á medias: gustosas cumplimos la promesa que hicimos de mandar una limosna para su nuevo templo, y publicarlo en el BOLETÍN SALESIANO á mayor gloria de María.

ROSA y DOLORES RIERA.

Gerona (Puente Mayor) Enero de 1902.

Curado de la garganta.

Habíamos celebrado en el Colegio la fiesta de nuestra buena Madre, y al poco tiempo sentíame molestado por afecciones á la garganta, que llegaron á causarme graves dolores, al punto de estorbarme la respiración. El Doctor no conoció bien los caracteres de la enfermedad, dudando fuera angina ó difteria. Acudí con mis hermanos á María Auxiliadora, prometiendo la publicación de la gracia y una misa á María en el altar de esta Capilla. La Virgen me escuchó, pues desapareciendo el peligro en pocos días, no he vuelto á sufrir molestias de esa ni de ninguna enfermedad.

Agradecido á tan Excelsa Bienhechora y cumpliendo la promesa, hago público el favor para que todos conozcan el poder y la bondad de María, y no dejen de acudir á Ella en sus necesidades.

ANTONIO SCASSO
Salesiano.

San Nicolás (Argentina) 13 de Febrero de 1902.

A) — Asunción (Paraguay). Mi mamá sufrió un fuerte ataque en el corazón: acudí á M. A. aciéndole una promesa y obtuve la gracia que pedía. *Jerónima Scala.*

B) — Bilbao (España). Doy gracias á M. A. y 25 pesetas para los fines de la obra Salesiana por favores recibidos de tan bondadosa Madre. *R. G. —*

Buenos Aires. Damos gracias á M. A. por innumerables favores recibidos, especialmente por uno extraordinario. *M. y C. E. — Boaco* (Nicaragua). Doy gracias á M. A. por favores recibidos. *Ignacia López.*

C) Capiatá (Paraguay). Habiendo sido atacada de fiebre amarilla, á los tres días me acordé de M. A. y de pronto me hallé en completa salud. *Victoriana Sanabria. — Carmona* (Sevilla). Hallándome enferma por espacio de ocho meses á causa de unas calenturas, acudí llena de confianza á M. A. prometiéndole publicar la gracia, mandar decir una Misa y dar una limosna, estando completamente bien, cumplo mi promesa. *Gracia López. — Cartagena* (Colombia). Doy las más expresivas gracias á M. A. por los muchos y señalados favores que de Ella he recibido desde que me hice su devoto. *Francisco Pacheco.*

G) — Granada (Nicaragua). Doy gracias á M. A. y mando la limosna de 10 reales por haberme librado de unos ataques que padecía. *Julia Fajardo. — Id. Id.* Doña *Ignacia Espinoza* y Doña *Pía Centeno*, ambas Cooperadoras Salesianas, dan gracias á M. A. y la limosna de 5 pesos la primera y uno la segunda por favores recibidos al invocar á tan buena Madre.

Gerona (España). *D. Agustín Berange* dió 25 pesetas de limosna y *N. N.* mandó celebrar una Misa, ambos por favores recibidos de M. A. — **Granada** (Nicaragua). Doña *Petrona Figueroa* da gracias á M. A. y la limosna de cinco reales por haber encontrado una yegua que se le extravió, y *D. Florencio Morales* mandó celebrar cuatro Misas por favores recibidos. — **Id. Id.** Enfermé gravemente un niño de dos años y el Dr. Cantón declaró el caso incurable. Acudí á M. A. y al presentarle al enfermito una imagen de la Virgen de Guadalupe, pues no tenía otra, entró en franca convalecencia. *Carmen Sáez de Salazar.*

L) — La Libertad (Nicaragua). Una nieta mía de 45 días solamente, enfermó de crup. Invoqué á M. A. ofreciéndole una limosna y publicar la gracia. Tres días después la enfermedad cedió y hoy se encuentra fuera de peligro, por lo cual cumplo lo prometido. *Ignacia R. de Estrada.*

M) — Masaya (Nicaragua). Enfermaron dos de mis nietos y creí se morían: en medio de mis aflicciones invoqué á M. A.: y á los tres días experimentaron notable mejoría, por lo que deseo se publique el favor recibido. *C. de Noguera. — Méjico.* Doy gracias á M. A. por favores recibidos, sobre todo por la curación de un niño y de una persona de quien declaró el médico que la gangrena se apoderaría de una herida causada por una quemadura. *Guadalupe M. de Barbolla. — Id. Id.* Año y medio hace que padecía del estómago. Acudí á M. A. prometiéndole hacer una novena, dar una limosna, y publicar el favor, y como haya conseguido la gracia cumplo la promesa. *E. Cantón Julio.*

P) — Pinoso (Alicante). Doy gracias á M. A. y envío 5 pesetas de limosna por haber recobrado la salud mi sobrina al invocar á tan buena Madre. *Francisco García López. Pbro. — Patagones* (Argentina). Estando mi hermano gravemente enfermo, acudí á M. A. recobrando la salud: otras muchas gracias he recibido por lo cual con mucho gusto deseo se publique en el BOLETÍN SALESIANO. *Rosario G. de Rial.*

Q) — Quito (Ecuador). Perdí unas alhajas de mucho valor. Acudí á M. A. y las encontré entre ropa vieja que debía ya retirarse, por lo cual doy una limosna para el santuario de la Tola y deseo se publique la gracia. *R. A. — Id. Id.* Enfermé gravemente de mal de corazón y puse toda mi confianza en M. A., aplicando una medalla de tan buena Madre á la parte dolorida. La curación fué casi instantánea, por lo que doy un ex-voto en prueba de gratitud. *M. M.*

S) — San Marcos (Nicaragua). Doy cinco pesos de limosna por favores alcanzados al invocar á M. A. *Baltasar Chacón. — San José* (Paraguay). Doy gracias á M. A., por un favor obtenido y envío la limosna de 15 pesos fuertes. *Ana Carlota Mendoza. — San Carlos* (Nicaragua). Estando grave un

hijo mío ofrecí á M. A. publicar la gracia y dar una limosna si le concedía la salud, y como la haya recobrado cumplo la oferta. *Esmeralda de Vargas.* —

T) — Tolú (Cartagena de las Indias). Una Señora obtuvo la salud al invocar á. M. A. y desea se publique la gracia. *J. Garnier.*

U) — Uribelarrea (Argentina). Mi cuñada estaba gravemente enferma y había consumido casi todos sus haberes inútilmente en medicinas por espacio de tres años. Acudí á M. A. prometiendo publicar la gracia y ya puede atender á su familia. Sean dadas gracias á tan buena Madre. *Un Cooperador Salesiano.*



MÉJICO.

Rvmo. Sr. D. MIGUEL RÚA.

Amadísimo Padre: Me permito escribirle para darle noticia de la grandiosa fiesta celebrada en esta casa en honor de nuestro Protector San Francisco de Sales; fiesta que dejó en todos y especialmente en los Cooperadores y Cooperadoras, que asistieron en gran número, suavísimas emociones. Grande fué la actividad de nuestros jovencitos en preparar todo aquello que debía hacer bella y preciosa nuestra fiesta. Se aprovechó también esta ocasión para bendecir solemnemente los amplios locales últimamente construidos. El Excmo. é Illmo. Sr. Dr. D. Próspero M. Alarcón, Arzobispo de Méjico, aceptó de muy buen gusto la invitación para bendecir dichos locales, que vienen á completar el grandioso Colegio Salesiano, que principiado nueve años hace, hoy se alza majestuoso en medio de la floreciente Colonia de Sta. Julia, para atestiguar la generosa caridad de los buenos Mejicanos que desde mucho tiempo supieron apreciar la obra de caridad cristiana de nuestro amado Padre D. Bosco.

Una solemne y devota novena, preparó los ánimos á la grandiosa fiesta celebrada el 9 de Febrero. La mañana de dicho día muchísimos de nuestros Cooperadores y Cooperadoras quisieron asistir á la Misa de comunión general que fué dicha por el R. P. Víctor Redondo, superior de los religiosos del S. Corazón de María en Toluca. El mismo padre dirigió breves, pero afectuosas palabras á los 10 niños que por vez primera recibían el Pan de los fuertes. A las 10 se cantó la santa misa con la mayor solemnidad posible. El celebrante fué el R. P. Salustiano Carrera, superior de los PP. Jesuitas en Méjico y el diácono el R. P. Alfonso Villagrán. Después del Santo Evangelio, con gran elocuencia y piedad hizo el elogio del Santo, el antes citabo, P. Víctor Redondo. Trató de las virtudes del Santo, y demostró como D. Bosco le fué una copia fiel y concluyó exhortándonos á nosotros á que practicásemos las mismas virtudes.

Nuestros cantores ejecutaron la Misa de Battmann. Todos admiraron el comportamiento de nuestros jóvenes en la Capilla, especialmente el de los que componían el pequeño clero que con mucha exactitud y devoción hacía las ceremonias sagradas.

Después de la misa algunos de nuestros principales Cooperadores se dignaron tomar parte en nuestro modesto banquete, presidido por el R. P. Juan Bandera, llamado comunemente "El Salesiano" por el grande afecto que lo une con los hijos de D. Bosco. Nosotros estamos doblemente reconocidos á dicho Padre, porque no obstante que pocos días antes hubiese estado gravemente enfermo, aceptó gustosísimo nuestra invitación y tomó parte en nuestra fiesta.

A las 3 de la tarde la campana nos llamaba á la capilla para la bendición con S. D. M. dada por el R. P. Juan Bandera, después de la cual, dicho padre con los ministros y el clero y gran concurrencia de fieles fueron á esperar al Excmo. Sr. Arzobispo que se dignó bendecir personalmente los nuevos locales. Nuestro amado Prelado después de breve oración ante el Smo. Sacramento, revestido de los ornamentos sagrados, subió, precedido de los Srs. padrinos y del clero, á bendecir los tres nuevos dormitorios cuya amplitud todos admiraban, pero especialmente Su Excelencia que con una dulce sonrisa, manifestaba su satisfacción al ver preparado un local para 180 niños que dentro de poco deberán ocuparlo. Concluida la bendición, todos pasaron al teatro, improvisado en uno de los pórticos del Colegio, donde tuvo lugar una academia cómico-músico-literaria. El Sr. Arzobispo ocupó el puesto de honor, haciéndole cortejo nuestros óptimos Cooperadores y Cooperadoras á quienes dió las gracias por su venida uno de nuestros jóvenes con un breve discurso de apertura. Después de un canto de nuestros jóvenes, pronunció un brillante discurso el Sr. Lic. D. Manuel F. de la Hoz, cuyo tema era *la caridad inspiradora de D. Bosco en la fundación de su obra, protegida de un modo extraordinario por María Auxiliadora*; obteniendo muchos y repetidos aplausos.

Gustaron inmensamente el boceto "Satanas" de P. A. Bertón, y el sainete "Los baños de Viaregio" desempeñado con mucha naturalidad. La banda, que había recreado en los intermedios, con una marcha final dió la despedida á todas las personas que intervinieron, las cuales se mostraban satisfechas de todo cuanto se había hecho y partían con un deseo más grande de ayudar á esta obra tan benéfica para los hijos del pueblo.

Esta es en resumen, amado Padre, la fiesta que hemos celebrado en honor de nuestro glorioso Patrono. Temiendo hacerme demasiado largo, termino la presente pidiéndole su bendición para esta Casa y todos estos sus hijos especialmente para este que se profesa de V. R. afmo. hijo en J. y M.

LUÍS GRANDIS PERO.

Méjico 20 de Febrero de 1902.

CRÓNICA SALESIANA

ANTIGUO CONTINENTE

Sarriá (Barcelona-España). — El día 24 del pasado Mayo se consagró la nueva Iglesia erigida en honor de nuestra Madre, María Auxiliadora, y que en este mes hace un año fué bendecida é inaugurada. Desconocemos los detalles de la importante ceremonia, los que daremos á conocer en cuanto los conozcamos, y no dudamos será del agrado de nuestros Cooperadores y Cooperadoras, porque muchos de ellos han tomado parte en la erección con sus limosnas. La fachada y torre aun no están terminadas, pero Dios mediante ya se concluirán, pues la devoción á tan buena Madre y bajo un título que tanto le agrada se propaga muchísimo de día en día, y sus devotos hijos procurarán que en día no lejano se eleve la torre y se concluya todo lo que falta.

Sevilla (España). — Tomamos de "El Correo de Andalucía" de aquella Ciudad.

« Conocido es por todos el hermoso proyecto de los Salesianos que desearon de extender más el campo de su benéfica acción social, piensan edificar en este año un grandioso salón-dormitorio dedicado á Su Santidad León XIII, destinado á albergar un gran número de niños huérfanos y desamparados.

La generosa idea ha tenido aceptación y esperamos irán tomando cada vez más incremento las laudables iniciativas desplegadas desde el principio por las almas caritativas, y mucho más porque acaba de obtener la prenda ó garantía más segura, de que pronto será una realidad consoladora.

El anciano venerable que ciñe la triple corona y, desde las sublimes alturas del Vaticano, marca á la Humanidad los senderos que ha de seguir, levanta su mano augusta, ostentando el anillo del pescador, y bendice á los iniciadores del proyecto y á cuantos lo favorezcan.

Después de la bendición del Pontífice ¿quién, pudiendo se negará á cooperar á la obra?

El proyecto pronto será una realidad.

Hé aquí el telegrama que el virtuosísimo y celoso D. Pedro Ricaldone envió á Roma y la contestación obtenida,

Beatísimo Padre:

El Sacerdote Pedro Ricaldone, Inspector de los Salesianos de la Provincia Bética, postrado al beso del S. Pié con los más vivos sentimientos de sumisión filial humildemente expone:

Que los Salesianos instalados en la ciudad de Sevilla, queriendo dejar un monumento perenne que conmemore el Jubileo Pontifical de V. S., en cuya celebración coincide providencialmente el primer decenio de su instalación en esta Capital, acordaron fabricar un grandioso Salón Dor-

mitorio, el cual será honrado con el nombre y el busto de Su Santidad, para albergar á pobres huérfanos, de los cuales los primeros diez serán admitidos en este año Jubilar.

Mas como prenda de la Divina Protección y para estímulo de la generosidad de los corazones caritativos, pide humilmente Vuestra Bendición para el piadoso proyecto, para los socios y alumnos de las casas salesianas aquí establecidas, para todos los Cooperadores de esta Inspectoría y para todos los oferentes que contribuyan á conmemorar el glorioso acontecimiento del Jubileo Pontifical de V. S. y al bienestar de tantos pobres niños abandonados.

Gracia que etc.

Sevilla 20 de Marzo de 1902. — Pedro Ricaldone. A S. S. León XIII.

Con fecha del día dos se recibió el siguiente telegrama:

Sacerdote Pedro Ricaldone Salesiano:

Santo Padre agradeciendo pensamiento conmemorar Su Jubileo, mediante fabricación Salón-Dormitorio, bendice iniciadores proyecto, Cooperadores y Cooperadoras Salesianos que le favorezcan.

Card. Rampolla.

Nos congratulamos con todos y á todos advertimos lo que el Superior de los Salesianos nos encarga, pues habiendo sido consultado en estos días si se podrían inscribir en el album que será presentado al Santo Padre los nombres de las personas ya difuntas, siempre que se ofreciese alguna limosna en sufragio de sus almas, nos ruega hagamos público que desde luego se inscribirán dichos nombres y que además los niños rezarán cada día una oración especial en sufragio de sus almas.

Para conseguir que ese hermoso pensamiento pueda llevarse á cabo más fácilmente se han impreso unas hojas especiales que han de repartirse con profusión.

El Correo de Andalucía aboga por la realización del generoso proyecto que hallará en sus columnas el más decidido apoyo.»

NUEVO CONTINENTE

Quito (Ecuador). — Con mucho gusto insertamos una especie de resumen de lo ocurrido en esta Casa durante el mes de Diciembre último.

La novena de la Inmaculada se celebró con la solemnidad que se acostumbra en nuestras Casas, tomando en ella parte activa los RR. PP. Franciscanos de esta Ciudad.

Todos los días se celebraron dos misas en nuestra capilla; la 1ª. á las 5 y 1/2 y la 2ª. de

comunidad á las 6 y $\frac{1}{2}$ durante la cual se entonaban hermosas alabanzas en honor de María Inmaculada. La Comunión de todos los días fué muy numerosa. Terminado el santo sacrificio, el celebrante dirigía la palabra á los asistentes.

La fiesta se celebró con la mayor pompa posible: reinaba en todos un entusiasmo que pocas veces se vé; cada uno procuraba de algún modo tomar parte en aquella solemnidad, y sobre todo puedo asegurar, que ninguno de los concurrentes dejó de acercarse al Banquete Eucarístico: el resto de la función fué agradable á todos.

El 17 del mismo mes fué el Director de Estudios de dicha Capital y examinó detenidamente á los alumnos en las distintas clases que forman,

Aprovecharon la ocasión, para invitarle á una velada literario-dramática que con tal objeto se había preparado, asistiendo con verdadera complacencia, siendo invitados también todos los Cooperadores, el Clero, muchas de las principales familias y muchos de los principales empleados del Gobierno.

Durante este acto verificado en medio de numerosa y selecta concurrencia, se recitaron muy entusiastas discursos, bellísimas poesías y se entonaron hermosos cánticos. Se puso en escena el ya conocido drama "El Ave María," que fué desempeñado con lucidez por parte de casi todos los actores y los que merecieron repetidos aplausos.

Es digno de particular mención el discurso de-



Niños de la primera comunión del Oratorio Salesiano de Salamanca.

visitando los talleres y toda la Casa en general.

El éxito de sus apreciaciones puede deducirse del informe que ya conocen nuestros lectores.

La fiesta de Navidad se celebró con no menos entusiasmo que la de la Inmaculada Concepción, y además la Comunión general de media noche fué ofrecida para alcanzar gracias para el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo Mons. Pedro R. González y Calixto, cuyas bodas de plata de su consagración episcopal se celebraba con gran fausto por todas las clases sociales. También en aquella noche, doce de nuestros alumnos hicieron la primera comunión.

Al día siguiente, una comisión formada por Salesianos y alumnos y precedida por el Sr. Director fué á saludar al Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, á fin manifestarle el afecto que le profesan presentándole la corona de comuniones.

El Ilmo. Prelado se mostró muy satisfecho, grato y conmovido al recibir en palacio á sus hijos los Salesianos, como con tanta amabilidad los llama.

clamado durante esta fiesta por el Cooperador y distinguido vate ecuatoriano Sr. D. Quintiliano Sánchez, quien arrancó los más frenéticos aplausos.

Concluyó dicha solemnidad con las palabras del Ilmo. Sr. Arzobispo, palabras propias de un padre, de un pastor que ama á su grey.

Hallándose presente el Director de Estudios aprovechó el Sr. Arzobispo, para agradecerle públicamente por el informe dado en favor nuestro.

La Plata (Argentina).—Tomamos de la revista "Santa Cecilia" de Bernal.

« La parte musical y academia de la fiesta de S. Francisco de Sales estuvo á cargo de la *Schola cantorum* de Bernal. En la misa de Comunión general, oficiada por el Ilmo. Sr. Obispo Diocesano J. N. Terrero, se cantó un devoto motete de oportunidad del Mtro. Capocci. En la conferencia de la tarde á la que asistieron numerosos Cooperadores salesianos á pesar de ser un día feriado y caluroso, tomó la palabra el Ilmo. Mons. Alberti, quien demostró una vez más con su discurso que

en su corazón es un verdadero salesiano y un entusiasta y decidido defensor de las obras de Don Bosco.

Es muy digno de notarse que, concluida la bendición con S. D. M. en que se ejecutó un hermoso *Tantum Ergo*, concierto alternado con solo y coro, de mágico efecto por su religiosa unción, Mons. Alberti llamó espontáneamente al Director de la asociación y en una pequeña entrevista recibió éstas palabras de congratulación por los buenos frutos que va reportando la Asociación de Sta. Cecilia y de aliento para proseguir en la empresa comenzada, que es la empresa de Dios y de su Iglesia.

La función músico-teatral mantuvo por dos enteras horas la atención por lo variado de su programa, de una concurrencia que no bajaba de setecientas personas. Púsose en escena el melodrama "*Los Pastores en Belén*" del R. P. Pedrolini que por las sencillas baladas, charangas y serenatas pastoriles nos creíamos trasladados á los tiempos de la bajada de Jesucristo á la Tierra; el "*Tutto ritorna*" candorosa porfía de un huérfano que espera la vuelta de su difunta madre, música del Ilmo. Mons. Costamagna. Durante un entreacto pudimos oír un hermoso trozo á piano y flauta de *Il Fabro* del Mtro De Vecchi. La ejecución de "*Los Rancheros*" Sexteto del Mtro. Caballero por lo gracioso de su significad., la mímica de sus intérpretes y por lo juguetona de su música dejó por bien terminada la función teatral.

General Acha (Argentina). — Leemos en "*La Voz de la Iglesia*" de Buenos-Aires.

« Me juzgaría culpable, dice el corresponsal de este diario, si no relatara la brillante función dramática y músico-literaria, que acaba de tener lugar en el Colegio de *María Auxiliadora*, con motivo de la solemne distribución de premios á las alumnas del mismo establecimiento.

Gratísima sorpresa ha sido para la numerosa y selecta concurrencia la primera función teatral que han dado las niñas de General Acha, bajo la inteligente y constante dirección de las beneméritas Hijas de María Auxiliadora.

Con éxito maravilloso han estrenado hoy su lindo teatro rayando á grande altura las jóvenes que tomaron parte en la escena.

El extenso programa bien nutrido y magistralmente amenizado con declamaciones, cantos y ejercicios gimnásticos.

Es la primera función de esta naturaleza que se presencia en la Pampa, y al parecer de todos los que la han presenciado, ha sido verdaderamente hermosa.

No es posible describir, señor Director, la grata satisfacción de los padres y madres de familia, al ver hechas á sus hijas hábiles pianistas, expertas actrices y patéticas cantoras.

Las alumnas premiadas han sido 32, sin dejar de merecer sinceros elogios las demás alumnas del Colegio.

De maravilla en maravilla, del salón teatro pasó la numerosísima concurrencia de señoras y caballeros á otro salón, en que estaban expuestos todos los trabajos manuales hechos por las precitadas alumnas.

Este salón representa un espectáculo para la Pampa, pues tiene todos los caracteres del buen gusto, mucha paciencia y constancia por parte de las Hijas de María Auxiliadora, evidente correspondencia en las niñas, y es una originalidad pampeana.

Siento no poder dar más detalles, por amor á la brevedad.

Al oscurecer, nos retiramos colmando de felicitaciones á las dignas educadoras de la juventud y á las alumnas por ellas educadas.»



Una oración que no se olvida.

El Ilustrísimo Señor Dupanloup, en una alocución á los zuavos pontificios en Roma, refirió el caso siguiente: Era el año de 1835. Yo pertenecía al clero de San Roque en París; por largo tiempo me había dedicado á enseñar el catecismo á los niños, y no sólo el catecismo rudimental sino el de perseverancia al que asisten los jóvenes, hombres y mujeres, hasta el día de su matrimonio. Un día fui llamado para bendecir el matrimonio de uno de mis oyentes, una piadosa niña que con toda regularidad asistía al catecismo. Se desposaba con un joven muy cristiano; de suerte que era de esos matrimonios que pueden bendecirse con placer y esperanza. Es costumbre pronunciar en tales actos un breve discurso, y todavía me acuerdo de que cuando cumplía este deber tuve una distracción. El que la motivaba era un hombre muy alto, no tendría menos de dos varas, que me escuchaba de pié, cuando todos estaban sentados; me miraba con fijeza y sólo á tres pasos de distancia, como que servía de testigo. Su proximidad, su estatura, su aspecto original, su mirada insistente, bien comprenderéis que bastaban á llamar mi atención. Concluida la ceremonia, luego que los esposos con su comitiva se hubieron retirado, salí de la iglesia y pensé que todo estaba terminado. Pero no: al día siguiente, á las cinco de la mañana, llamaban á mi puerta; era el mismo recién casado que á toda prisa venía á buscarme para que auxiliase á un enfermo que estaba á la muerte. El enfermo era su tío, aquel hombre alto que me había distraído en la solemnidad de la víspera. De edad de setenta y cuatro años, transido de frío de la ceremonia había ido á la cama. Llamados inmediatamente los médicos habían declarado que no había recurso.

Salí al punto y mientras me dirigía á su casa creí oportuno preguntar al joven que me acompañaba. Señor, ¿ es el tío de Ud. un buen cristiano? — Es un buen hombre; pero parece descurrido un poco en sus deberes religiosos. — ¿ Comprende la gravedad de su estado? Sí, no es posible que se alucine. — ¿ Es él quien me ha mandado llamar? — Sí, cuando advertimos su peligro, le hemos preguntado si quería le visitase un sacerdote. No puso dificultad. Pero, ¿ cual? No conocía á ninguno. Entonces con su franqueza habitual: « El que oy ayer, dijo, me ha parecido bien; con el me entenderé. »

Llegué á la calle *Cruz de los pequeños campos* y entré en la fonda en que, habiendo venido de provincia, se encontraba alojado. Jamás paso

ahora por aquella calle sin sentir emoción á la vista de la fonda.

Me introdujeron en la pieza del pobre anciano enfermo. Aquel gigante tendido en cama tenía el aspecto de un moribundo. Luego que nos dejaron solos, me aproximé á él y al punto me tendió la mano, y sin titubear me dijo: « Voy á morir y quiero hacer lo que conviene en este caso. Tengo setenta y cuatro años... y hace sesenta y dos que no me confieso... soy un viejo militar. Alistado á los catorce años, me encontré en todas las guerras de la Revolución y del Imperio; nunca he pensado en mi alma, ni en su Creador; mas no se por que siento la necesidad de no salir de este mundo sin reconciliarme antes con Dios, como si le hubiera conocido. »

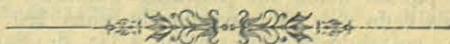
Impresionado con su ingenuidad y con su acento extraordinariamente sincero, « Pues bien, le dije, yo le ayudaré y Dios nos ayudará; las cosas son bien fáciles con hombres francos como Ud. »

Después de examinarle y adotrinarle lo mejor que pude, concluida la confesión, le dije: Ahora voy á dar á V. una penitencia. — ¡Una penitencia! exclamó mirándome fijamente, ¿qué significa eso? No tengo idea. — Así, pues, ningún conocimiento tenía de la religión ni del sacramento de la penitencia... Adivinaréis cuál sería mi embarazo... Veía á aquel hombre moribundo, pobre anciano que no sabía una sola palabra del cristianismo... Un instinto, un movimiento interior solamente le determinaba á reconciliarse con Dios antes de morir.... Le expliqué lo que es la penitencia y le dije: « Los padecimientos de Ud. son grandes; ofrézcalos todos á Dios y esto me permitirá darle fácil penitencia: rezará solamente un *Padrenuestro* y un *Ave María*. » Volvió á mirarme con extrañeza, desde el fondo de su lecho; porque aun cuando estaba tan postrado conservaba todavía energía extraordinaria en la vista; y me dijo: *Padrenuestro*, *Ave María*, ¿que quiere decir? Yo no he oído hablar de eso. — Ya lo veís... ¡qué triste condición! Aquel desgraciado había llegado á los setenta y cuatro años, y todo lo había olvidado... ¡aún esas oraciones que desde muy niños se nos enseña á balbucear! Su alma, en religión, era como tabla rasa. No quedaba nada, absolutamente nada. Aleé los ojos al Cielo y cobrando valor comprendí que era necesario un milagro para instruirle en un instante. Debe Ud. haber conocido estas oraciones, le dije, son las más bellas de nuestra religión. Voy á recordárselas; yo las diré y Ud. me acompañará. » Poniéndome de rodillas, junto al lecho, y tomándole la mano, comencé: *Padre nuestro*.... Me dejó recitar las primeras invocaciones; mas cuando llegamos á estas palabras: *perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores*.... de pronto, estrechándome la mano y como si se despertara de un largo sueño: ¡Oh! me dijo, ya me acuerdo... Sí, creo que cuando era niño mi madre me enseñó algo parecido... ¿Quiere Ud. volver á comenzar? — Principié de nuevo, y entonces, en el acto, del fondo de su alma, de lo íntimo de su corazón, á través de setenta y cuatro años, á través de tantas guerras y combates de diversos géneros, reaparecen vivos los recuerdos de su madre y de las oraciones que en su infancia le enseñaba. El mismo procura encontrar las palabras una á una. Yo las ví salir de su alma, como si hubiesen estado escondidas, para gozar ahora de la luz. Interrumpiéndose á cada paso, ¡oh sí, decía, ya me acuerdo. *Padre nuestro, que estás en los Cielos*... así es... *santificado sea el tu nombre*... sí, así

es... ya me acuerdo... *venga á nos el tu reino*... eso es... yo me acuerdo de haber recitado todo esto: ¡oh! ¡que hermosa es esta oración!... Y cuando llegó á estas palabras: *perdónanos nuestras deudas*, de esto sobre todo me acuerdo muy bien, es lo que me ha hecho recordar lo demás; mi madre me hacía decirlo cuando yo cometía alguna falta... » De este modo acabó la oración. Y en seguida me pidió la rezáramos juntos y no se cansaba de repetirla... Luego me dijo: « Pero ¡hay otra! yo creo que mi madre me hablaba de una Santa Virgen... Espere Ud., voy á encontrar esta oración... Con solo anunciármela la reconoceré... » Y desde las primeras palabras: ¡Oh! sí, eso es, exclamó: *Dios te salve, María*... ¿que más? *llena eres de gracia*... y sólo continuaba: *el Señor es contigo*.... todas las palabras iban apareciendo y renacían como por milagro en su alma. Al fin, al llegar á las últimas, prorrumpió en llanto, y sin poder contener sus lágrimas, decía: « *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte*. »

Ved lo que para ese anciano habían sido esas plegarias. Enseñadas por su madre en la infancia, eran gérmenes preciosos depositados en su alma. Y aunque ocultas por mucho tiempo, aparecían al fin, en el momento supremo, asomando como un rayo de luz la gracia de Dios, para lucir en la última hora, en la hora de su eternidad! La decía sin cesar y se gozaba en repetirlas. Mas, como se sintiese fatigado, me despedí prometiéndole volver muy pronto. En efecto, no demoré en llegar, pues tenía vivo interés en darle la santa Comunión. Comulgó con los sentimientos de piedad más edificantes. Todo le había sido revelado por aquellas dos oraciones; y no tuve más que enseñarle... Aún recuerdo cierta circunstancia como otras muchas que en el desempeño del ministerio sacerdotal, son para mí, por sí solas, pruebas concluyentes, imprevisitas, pero admirables de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Es la siguiente: le había dejado yo un pequeño crucifijo, advirtiéndole que quizá no habría otro en su alojamiento. — A lo que me respondió sonriendo que en efecto no los hay generalmente en las fondas; lo estrechó en sus manos desfallecientes, lo llevó á sus labios y luego al corazón.

Volví á las cinco de la mañana del día siguiente. Pregunté por él; su sobrino y su sobrina me contestaron que había sufrido en extremo toda la noche. Me acerqué á él, en tanto que sus sobrinos quedaban á algunos pasos de distancia, y le pregunté como estaba. « Muy bien, » me dijo. — « Pero me han dicho que ha padecido mucho durante la noche. » — « Le han dicho eso, porque no saben que Ud. me ha dejado un consolador. » — Y sacando de debajo de la almohada su mano descarnada, y mostrándome el pequeño crucifijo que yo le había dado: Vea Ud aquí el que me consolaba, me dijo. Toda la noche he estado repitiendo el *Padrenuestro* y el *Ave María* y por eso no he padecido. » ¡Cosa admirable! Ved ahí un hombre que todo lo había olvidado y que de una vez franqueaba toda dificultad para alcanzar la salvación; más aún; se elevaba del primer paso á las más alta perfección de la fé y confianza cristianas. Esas dos oraciones todo se lo habían revelado. Nunca he visto una entrada más preciosa en la eternidad.



Bibliografía

Año Sacro por D. Félix Sardá y Salvany, Presbítero, Director de la *Revista Popular*. Dos tomos de 550 á 600 pág., ilustrados con 150 grabados y 14 preciosas láminas impresas en papel mate superior. Precio: 8 pesetas (los dos tomos) en rústica, 12 encuadernados en tela y con plancha especial y 15 con corte dorado. Librería y Tipografía Católica, calle del Pino, 5, Barcelona y Librería Salesiana, Sarriá-Barcelona.

Tan conocido es el Autor de esta obra que serán pocos los católicos que no hayan leído algunas de las muchas que tiene escritas ó su *Revista Popular* ó por lo menos haya oído su nombre.

Para que nuestros lectores conozcan el mérito científico y literario de este libro, fijense en el artículo de este BOLETÍN titulado *El Sagrado Corazón de Jesús* y aunque no es todo, ni mucho meno, lo que el Autor dice acerca de este asunto, por él pueden comprender lo que será toda la obra, no desmereciendo en nada el resto de ella á lo que publicamos.

No pone todos los Santos del año, sino los principales, conteniendo además los meses de Marzo, Mayo, Junio y Octubre dedicados respectivamente á S. José, á la Santísima Virgen, al Sagrado Corazón de Jesús y á la Virgen del Rosario; la novena de la Purísima y un Octavario al Niño Jesús.

Su mérito es indiscutible y su utilidad grandísima, no solamente para los Sacerdotes, porque en ella encontrarán materia abundante para sermones, sino para todos los fieles el leer los rasgos biográficos de los Santos y las consideraciones que hace.

Lecturas Católicas. — Hemos recibido los opúsculos correspondientes á Enero, Febrero, Marzo y Abril de esta interesantísima publicación mensual de Sarriá, ocupándose el primero, bajo el título de *La Cruz y la Espada*, de un episodio de los primeros siglos de los Cristianos, retratando su autor el Pbro. D. Luis Bottaro, muy bien los personajes y episodios que narra.

Los tres volúmenes restantes tratan de *Nuestros Misioneros de Quito en el Ecuador* y aunque engalanados con el estilo florido y elegante de su autor, nuestro querido hermano D. Juan B. Francesia, que desde luego hace su lectura agradable, los episodios históricos son muy interesantes, estando perfectísimamente retratada en aquellos personajes la verdadera mansedumbre y paciencia que distingue á los ministros de Jesucristo.

Recomendamos con todo encarecimiento una vez más á nuestros lectores las **LECTURAS CATÓLICAS**. En estos tiempos en que la impiedad pone en juego todos los medios para desmoralizar al pueblo, nunca serán bastantes los esfuerzos de los católicos y de las personas honradas para contrarrestarlos, propagando la buena prensa, que es el medio más poderoso y del que más comúnmente se sirven los malos para sus depravados fines. Recordémonos de las palabras del inmortal Pío IX, el cual hablando de estas lecturas dijo: « No hay cosa más útil para promover é influir la piedad en el pueblo como las *Lecturas Católicas*. » Se publica cada mes un opúsculo de unas 100 páginas, costando la suscripción á las de Sarriá

(Barcelona) 2'50 ptas. para España y 3'50 para Ultramar y Extranjero; y á las de Almagro (Buenos Aires), Bogotá (Colombia) y Nitheroy (Brasil). en portugués, 1'50 ps. m/n en la capital; 1'75 en las provincias de cada República, y 1'25 ps. oro en el Exterior.

Santa Cecilia. — Revista mensual de música religiosa y litúrgica. — *Suscripción*: Fuera de Italia: un semestre francos 6; un año fr. 10.

La general simpatía que diariamente se va ganando tan interesante Revista en Italia y fuera de Italia nos mueve hoy a recomendarla por medio de nuestro BOLETÍN á todos cuantos se interesan por la suspirada restauración del canto religioso en el templo. Esta restauración que tanto terreno va ganando en otras regiones, no es menos necesario lo que gane en la nuestra, donde (doloroso es apuntarlo) tanto ha degenerado el canto de aquella gravedad que caracterizó la música de nuestros antepasados! No es por el capricho de innovaciones alemanas; pero en nombre del arte y en nombre de la Religión es fuerza que pidamos muy alto una transformación casi total en nuestro templos en punto á música figurada. Y basta de digresiones.

La Revista que encarecidamente recomendamos creemos que tiene unos ideales muy aptos para este fin: su texto, en italiano bastante fácil, nunca baja de las 12 páginas, y en ellas distinguidos é inteligentes escritores tratan cuestiones muy útiles y muy del día, á la vez que otros con estilo burlesco unas veces, satírico las más, nos dan cuenta de los *pezzi diletanti* (?) ejecutados en varias iglesias de Italia con observaciones útiles también para otras que no son de allí.... El suplemento musical que el Director de la Revista, Sr. M. Capra, anuncia de 8 páginas y que de ordinario se complace felizmente en propagar(1), trae trozos de los más esclarecidos maestros en el arte como Botasso, Ravanello, Haller, Remondi, etc... con la gran ventaja de que son sumamente variados. Son unas veces motetes al Sacramento, ó la Virgen Santísima, otras himnos litúrgicos ó cantos bíblicos; son para una, dos, tres ó cuatro voces: así que, cualquiera sea la escuela de canto de que disponga un maestro, siempre encontrará para la suya bastante que poder utilizar. La impresión es muy clara y correcta en papel de buena calidad. Olvidábasenos decir también que de cuando en cuando el suplemento es un trozo religioso para órgano ó armonía fácil ó de mediana dificultad. — No creemos, y nos parece estar en lo cierto, que las tendencias de la *Santa Cecilia* sean demasiado rigoristas; y la prueba es la lluvia de suscripciones que, según afirma el Sr. Capra, le llegan de todas partes casi sin interrupción; su música es grave como Dios manda, pero melódica y fácil. Dirigimos sobre todo una palabra de aliento á las personas que se hallan al frente de alguna capilla, ó escuela musical de niños. El deber que tienen de hacer vibrar en el Santuario la lira sagrada y santa les ha de mover á no perdonar medio alguno para alcanzarlo: suscribanse á la Revista que nos ocupa y esperamos quedarán satisfechos.

Las suscripciones corren desde el 1º de Julio y desde el 1º de Enero. — Dirigirse al Sr. Don Marcelo Capra, director de la Revista *Santa Cecilia*, via Berthollet, 9, Turín, Italia.

(1) El suplemento de Marzo de 1902 llegó á 18 páginas.